

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Literatura
Mención en Literatura Latinoamericana

**El lenguaje de la violencia en “La parte de los crímenes” de
2666 de Roberto Bolaño**

Pamela Carolina Ríos Lovato
Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo

Quito, 2024

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	Reconocimiento de créditos de la obra	
	No comercial	
	Sin obras derivadas	

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Pamela Carolina Ríos Lovato, autora del trabajo intitulado “El lenguaje de la violencia en ‘La parte de los crímenes’ de 2666 de Roberto Bolaño”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura con mención en Literatura Latinoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo, por lo tanto, la Universidad utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en formato virtual, electrónico, digital u óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

27 de septiembre de 2024

Firma: _____

Resumen

Este trabajo de investigación busca trazar un camino teórico alrededor de la paradoja de la imposibilidad e inexistencia del lenguaje para relatar la violencia, específicamente la violencia de género, y la necesidad radical de hacerlo. Se parte desde la problematización del testimonio como forma de narrar la violencia, así como del concepto de “banalidad del mal” desde la perspectiva de que cualquier hombre que se ajuste a la normalidad puede cometer actos atroces en nombre de la obediencia o para formar parte de la hermandad patriarcal. El marco conceptual propuesto pretende acompañar las nociones de testimonio y violencia junto con las posibilidades del relato literario como potenciador de tensiones entre lo que no se puede decir por falta de lenguaje y la necesidad de expresarlo. Además, se busca dar nombre a la posibilidad de que en un sistema patriarcal como el que vivimos, cualquiera pueda convertirse en un feminicida. Esa posibilidad está determinada porque los asesinatos de violencia de género no ocurren como una excepción sino que están normalizados.

Por otro lado, se problematiza la categoría de violencia desde la perspectiva de René Girard. La dimensión de que toda violencia se perpetúa por la sacralización de las víctimas se puede comprender en “La parte de los crímenes” al ser el clímax de la violencia en la obra *2666* de Bolaño. Este apartado se puede leer a partir de las tres etapas de la violencia descritas por Girard en concordancia con un corpus teórico actual que explora la necesidad de categorizar la pérdida de seres queridos por violencia, específicamente, por violencia de género. Este corpus se armó con conceptos de Rita Segato como un cruce entre los Estudios Literarios y los Estudios de Género. Además, se exploraron algunas definiciones fundamentales como memoria y exhumación desde las perspectivas de Selva Almada, Esther López Barceló, Ileana Diéguez y Karina Marín, en un guiño a una nueva lectura de *2666* a los veinte años de su publicación. Por último, aunque la figura de Bolaño representa una figura canónica su escritura abrió discusiones fundamentales para el nuevo siglo como los bilingüismos, las literaturas expandidas, fronterizas y una nueva forma de mirar a las mujeres en la literatura latinoamericana.

Palabras clave: indecibilidad, violencia de género, feminicidios, frontera, memoria, exhumación

A mis amigas, Sandra y Karina, que han sufrido violencia de género.

A mi mamá, Connie, víctima de violencia de género.

A mis abuelas, Gloria y Leticia, víctimas de violencia de género.

A mis tías, Lu, Eu, Ruty, Rocío y Carmita, quienes, todas, han sufrido violencia de género.

A mis perras, Canela y Sky, que, a falta de lenguaje, han sufrido tanto maltrato humano y por ser hembras.

A mi gata, Satán, que nunca ha experimentado violencia de ningún tipo porque nos encontramos a tiempo.

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecerle al Dieguito Chamorro, por prenderse a cada aventura que le propongo.

Agradezco a mi maestra, Alicia Ortega, quien me enseñó a leer.

Agradezco a mis amigas Karina y Sandra. A mi familia Memo, Connie y Ricky que me escucharon disertar sobre esta tesis más de una vez.

También le agradezco a Beth Gibbons, por la *playlist* que me impulsó a sacar este trabajo adelante.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Capítulo primero: La violencia y la paradoja de la representación	19
1. ¿Qué hay detrás de la ventana? El Apocalipsis.....	20
2. La necesidad radical de narrar.....	29
3. Eufemismo y metáfora: un posible lenguaje de la violencia.....	41
Capítulo segundo: La desacralización del lenguaje de la violencia.....	47
1. Indiferenciación del deseo mimético o la función social del sacrificio	48
2. Violencia de todos contra uno.....	58
3. La sacralización de la víctima vs. desacralizar el lenguaje de la violencia	64
Conclusiones.....	76
Lista de referencias	79

Introducción

Este trabajo de investigación se empezó a concebir en medio de la incertidumbre generada por la pandemia en el año 2020. Inició como un proyecto iluminador en medio de una serie de microviolencias inusitadas en el lugar de trabajo, un lugar que con idas y vueltas, fue parte de mi vida durante diez años. Por la desinformación de los medios de comunicación anunciando, una por una, las víctimas de cada día y la violencia del Estado que dejaba a los muertos en las calles o, como gran obra, regalaban ataúdes de cartón. Estos años han resultado apocalípticos, como lo vaticinó Roberto Bolaño, un genocidio en la franja de Gaza, la fuerte avanzada de gobiernos neoliberales con tintes fascistas, la pobreza de la crisis pospandémica, el desastre climático sin precedentes. En medio de todas las catástrofes todavía nos quedan los libros.

Leer constituye parte importante de mi experiencia vital. Recientemente, tomé conciencia de que lo primero que anoto en los márgenes de mis libros es el tiempo y los lugares que voy encontrando. Esta es una forma de hacer cable a tierra, es decir, inmiscuirme en las lecturas como si fuese yo misma quién hace los recorridos. También pienso en los tiempos y lugares por los cuales he transitado en la vida real. Me gustaría que este fuese un trabajo de espacios y tiempos y en cierta medida, lo es. Este es un ensayo sobre el exilio del espacio-cuerpo en el cambio de milenio. Es un abordaje al camino de la representación de la violencia desde Auschwitz hasta los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez; tomando como punto de intersección el libro *2666* (2010) de Roberto Bolaño. Sobre todo, quiero enfatizar la representación de la violencia en la paradoja de lo que no se puede decir y la necesidad radical de narrar y hablar de la violencia, específicamente de la violencia de género, para que salga de su condición de ininteligibilidad; y por lo tanto, sacralidad.

El siglo XX, conocido como el siglo de la violencia, finaliza con una década convulsa. Después de la caída del muro de Berlín, el sujeto moderno, el sujeto intelectual se enfrenta a nuevos horizontes y debates; por ejemplo, el fin de la historia, de las utopías, de los grandes relatos. El pensamiento se abocó a las nuevas formas de enfrentar el cambio social. Se genera una conciencia nostálgica, hasta cínica. Entonces, surgen las preguntas ¿Cuál es el lugar de la palabra? ¿Cuál es el lugar del lenguaje? En medio de un mundo en desmoronamiento solo nos queda la materialidad del lenguaje. Sin embargo, todavía hay relatos indecibles. ¿Cuál es el lenguaje para nombrar la violencia? ¿Cuál es

la dimensión política de la literatura? Estos cuestionamientos nos llevan a constelar en la biblioteca ¿Qué literatura se producía en Latinoamérica en la década del noventa? Me encuentro con el escritor Roberto Bolaño. ¿Por qué la obsesión con la Segunda Guerra Mundial, con los escritores nazis, con los poetas pilotos militares de ultraderecha, con el Tercer Reich? Los personajes infames que han sufrido en carne propia la experiencia vital de la Segunda Guerra Mundial o han sido testigos del horror de las dictaduras son los que transitan por una obra conectada por la violencia y la ternura. ¿La visión del testigo puede narrar lo inenarrable? Bolaño, el autor de carretera, de la universidad desconocida, vive los tiempos de desintegración herederos de la violencia del siglo XX. Su escritura nómada, despojada de lo intelectual, es una escritura que atraviesa umbrales, profunda y disciplinada. La pregunta por la representación de la violencia transversaliza su obra. Una de las posibles respuestas puede ser el exceso, el desborde y observar la frontera como un agujero negro. Experimenta con la composición y descomposición de las formas, las pone a prueba. Esto lo lleva a ser un escritor disidente, desertor de los discursos hegemónicos y a buscar, incansablemente, la clave para hablar de lo que no se habla, además de hacer una genealogía del mal de Occidente, o sea un tránsito por el camino de Auschwitz a Santa Teresa (Ciudad Juárez). Desde su primer libro *La literatura nazi en América* (2016) hasta *2666*, Bolaño ha buscado formas, registros, estilos discursivos para desacralizar la idea de lo inenarrable de la violencia. El Holocausto, las dictaduras latinoamericanas, la Masacre de Tlatelolco, los feminicidios en Ciudad Juárez, entre otros acontecimientos violentos son parte fundamental de su obra. *2666* es una novela que se compone de cinco partes que pueden ser leídas de manera independiente aunque confluyen en dos elementos, la ciudad fronteriza de Santa Teresa y la figura de un escritor misterioso, Benno Von Archimboldi. El interés es analizar, sobre todo, “La parte de los crímenes” cuyo motivo fundamental es la exhumación de ciento diez cuerpos de mujeres asesinadas de múltiples formas en la ciudad fronteriza, Santa Teresa. De ahí, que este estudio intente problematizar ¿Cómo enfrenta el autor el tratamiento de esos cuerpos? ¿Cuáles son los mecanismos literarios para situar estos cuerpos en un lugar de enunciación? y ¿Cómo se manifiesta la violencia de género en estos cuerpos? El lugar de enunciación parte de focalizar la violencia machista latinoamericana en un espacio y un tiempo determinados: una ciudad cuya frontera colinda con uno de los países que representa el capitalismo más exacerbado a finales del siglo XX, Estados Unidos de América.

¿Por qué no estudiar todas las partes que componen el libro? Aunque Ignacio Echavarría, por cuestiones editoriales, publicó las cinco partes como un solo cuerpo

discursivo, Bolaño los veía como libros separados. Entonces, focalizar una de las cinco partes como objeto de estudio separado es un guiño a la poética fragmentaria del autor. Así, en el apartado de los crímenes se presenta el cuerpo femenino como objeto de violencia de género traspasado por el habitar una ciudad fronteriza en México. Este es el lugar donde se sitúan los asesinatos sistemáticos de ciento diez mujeres de múltiples maneras, todas terriblemente violentas, casi siempre después de violarlas, mutilarlas o quemarlas para, finalmente, arrojarlas a los basurales, las carreteras o el desierto. La narración está enmarcada en un periodo de tiempo específico, entre 1993 y 1997. Estos cinco años marcan una especie de hito aleatorio para visibilizar la violencia machista. Esto no significa que antes o después los crímenes no existiesen o hayan terminado, significa que la violencia machista, podría situarse en cualquier período, en cualquier lugar del mundo y seguiría igual de normalizada. ¿Cómo se habla de este ejercicio de poder sobre los cuerpos femeninos? ¿Cuáles son los mecanismos discursivos que elige el autor para poner en palabras esta violencia? La narración, por medio del estilo indirecto libre, pareciera una mirada objetiva, casi como una crónica, reportaje o incluso como un catálogo de crímenes desde una visión externa, editorial que recolecta y narra testimonios. Sin embargo, se da algunas licencias como construir, por medio de juicios de valor o focalizaciones a visiones machistas, la percepción de los cuerpos femeninos. Igualmente, son interesantes esos coloquialismos mexicanos que dan cuenta de la imposibilidad de encontrar palabras para el desconcierto, la ira, la rabia o describir lo indescriptible. Cada lengua inventa, fabrica el concepto desde su propia libertad para dar movilidad al lenguaje.

Estas conjeturas nos llevan a la pregunta central de la investigación: ¿Cuáles son las operaciones literarias y discursivas que usa el autor para problematizar la narración de la violencia de género contemporánea en la construcción del catálogo de crímenes de 2666? El narrador testigo tipo legista propio del neopolicial, el exceso, la fragmentación, la ambivalencia y ambigüedad, además de la fractalidad son algunas de las operaciones literarias que se tendrán en cuenta para el tejido y el diálogo con los materiales teóricos. Si bien es cierto la novela *2666* ha sido ampliamente estudiada desde múltiples aristas, este trabajo pretende dar un giro en el abordaje de los mecanismos literarios del autor por medio de un corpus teórico que dialogue con nuevas epistemologías del análisis discursivo. La narrativa de Bolaño muestra una lucha incansable contra la inmovilidad y no se la puede cristalizar con una única lectura. Por eso, esta propuesta intentará regresar a ver a teorías de los Estudios Culturales desde el análisis de discurso, textualidad, los

campos de poder y la violencia. Sobre todo, a las Teorías Feministas Latinoamericanas, con la finalidad de tejer una postura crítica de la visión de los cuerpos femeninos fronterizos latinoamericanos en medio de una fase apocalíptica del capitalismo. Este análisis apunta a descubrir la figura de las escritoras del nuevo siglo, que entienden la paradoja y la problemática de la representación y sacralización entre lo que no se puede narrar y la necesidad de narrarlo. Aunque la genealogía de Bolaño sigue siendo masculina, él problematiza este factor en “La parte de los crímenes” y delinea estrategias de representación que iniciarán con una tradición literaria para pensar la dimensión política de la literatura sin que los libros se transformen en panfletos. De ahí que la diferencia de este estudio sea el corpus crítico y teórico.

Desde la segunda mitad del siglo XX el concepto de El Holocausto ha puesto en tensión el lenguaje con el que se construye la representación de la violencia contemporánea. A partir de este momento surge la interrogante ¿Hay un lenguaje para decir la violencia? ¿Cuál? Las relaciones de poder dentro de la modernidad capitalista han permitido una naturalización de la violencia porque los cuerpos son transformados en mercancía. Sin embargo, ¿Cuáles son las autoras que han pensado en formas de usar el lenguaje para resistirse a la objetualización y a la cristalización a lo hegemónico? La ruta teórica que pretende abordar este estudio inicia con la idea de la imposibilidad de representación de la violencia. En este sentido se acudirá a la problematización del testigo y el testimonio que presenta Primo Levi en la *Trilogía de Auschwitz* (2019) para ponerla en diálogo con Giorgio Agamben en *Lo que resta de Auschwitz* (2019) para continuar develando la conveniencia del problema de la irrepresentabilidad desde el archivo y el testimonio. Esta también es la ruta literaria que sigue Roberto Bolaño. No es coincidencia que muchas de sus obras tengan la Segunda Guerra Mundial como motivo; *La literatura nazi en América*, *Estrella distante* (2016), *el Tercer Reich* y el mismo *2666* intentan explorar y dar voz a ese lugar y ese tiempo. Otros autores que dialogan con esta problemática son Hannah Arendt en *Eichmann y el Holocausto* para pensar la banalidad del mal y cómo los asesinatos de mujeres se presentan en una estructura de violencia sistemática y no como casos aislados perpetrados por criminales sino por hombres ordinarios y funcionales al sistema.

Por otro lado, René Girard en sus libros *La violencia y lo sagrado* (2016) y *El chivo expiatorio* (2002) problematiza la sacralización de la violencia conceptualizando el deseo mimético como germen de toda violencia. Sin embargo, como la violencia no se puede descargar sobre todos se necesita una o varias víctimas de recambio, es decir, la

violencia causada por las crisis sociales como el narcotráfico, las bandas criminales, la narcopolítica, etc., debe tener unas víctimas que la mitiguen. A estas víctimas se las conoce como chivos expiatorios. En el caso de “La parte de los crímenes” un tipo de chivo expiatorio serán las mujeres y el otro tipo serán las figuras del extranjero representado por Klaus Haas, sobrino de Archiboldi, y algunos jóvenes empobrecidos de bandas criminales menores. La violencia mimética también problematiza a las instituciones de poder. Los sistemas jurídicos, políticos, en general estatales necesitan controlar a las mujeres y para esto han desarrollado sistemas mafiosos que actúan con total impunidad frente a la violencia sobre los cuerpos femeninos. Santa Teresa es la ciudad que representa el infierno para las mujeres, pero podría ser cualquier otra ciudad. Por ello uno de los pilares del corpus bibliográfico será Rita Segato quien abre su libro *La guerra contra las mujeres* (2020) con el ensayo “La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez” en el cuál posiciona que los asesinatos, sistemáticos, que se han producido por mucho tiempo y con total impunidad en Ciudad Juárez resultan impronunciados. Pero no en el sentido de la dificultad que encuentra Levi como testigo, sino por la censura instaurada por el régimen de horror implícito en la ciudad y por el pacto de silencio patriarcal. ¿Cuál es el papel de la literatura frente a esto? Contar. Frente al patriarcado que “es la estructura política más arcaica y permanente de la humanidad” (Segato 2016, 18) no se puede callar más. La problemática de los feminicidios no es, precisamente, contemporánea, tampoco se inició en México en los noventa. La sensación de que es un problema actual responde a la ausencia de categorías para nombrar este tipo de violencia. La necesidad radical de ponerle nombre a la violencia y al horror ha llevado a los feminismos a crear estos conceptos para traspasar la limitación del lenguaje. Es una forma de poner en tensión las instituciones familiar, religiosa, social como fuerzas que responden a un sujeto “fundador” que, por esta condición, parece tener derecho de expropiación del espacio-cuerpo de los cuerpos femeninos y feminizados. Por eso, los feminicidios son crímenes que pertenecen, eminentemente, a la esfera privada que, además, está protegida por la ley, la moral y la justicia. Segato y Rivera Garza mencionan que sin categorías específicas la violencia de género va a seguir en el terreno de la sacralidad. Categorías jurídicas y un lenguaje que permita nombrar el asesinato sistemático de mujeres son fundamentales para acabar con la sacralización de estos crímenes.

Por tales motivos, se exploran las categorías de memoria y exhumación desde las perspectivas de Selva Almada en *Chicas muertas* (2015), libro que narra tres feminicidios

en el interior de Argentina en la década de 1980. También se explora la categoría de “memoria como exhumación” en el libro *El arte de la memoria* (2024) de Esther López Barceló que es una aproximación personal y teórica sobre la exhumación de fosas comunes de las víctimas del franquismo, que podrían ser de cualquier otra dictadura. A esto le sigue la exploración de los conceptos “communitas del dolor” acuñado por Ileana Diéguez en el libro *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor* (2013) para, finalmente, tejer con la metodología de los *Cuerpos exhumados* (2022), propuesta por la crítica literaria ecuatoriana Karina Marín, como una nueva lectura de los clásicos desde una visión encarnada en donde el lenguaje queda determinado a formar una imagen que se lee desde una propuesta más corporal que cognitiva.

Los campos disciplinarios en los que se desenvolverá este análisis son los Estudios de la Cultura y la Teoría de Género. Los conceptos nucleares que definirán serán “la violencia”, “irrepresentabilidad”, “la representación de la violencia de género” “memoria”, “exhumación”. Estos conceptos anclados a los campos disciplinarios literarios nos llevarán a construir un tejido entre la obra literaria y las teorías culturales para marcar una poética del autor desde los feminismos latinoamericanos y a una reflexión de la historia de la paradoja de la representación de violencia del siglo XX. El objetivo es responder a la pregunta ¿Cómo se presenta esa necesidad radical de narrar la violencia con la construcción de un catálogo de crímenes en “La parte de los crímenes” de 2666? Por medio de un corpus novedoso y sobre todo de pensar la literatura como un vector entre la cultura, el pensamiento y el lenguaje.

Capítulo primero

La violencia y la paradoja de la representación

Al serle preguntado por el motivo que lo llevó a
 incrustarle en la vagina el trozo de madera,
 respondió primero que no lo sabía, y después,
 tras pensárselo más detenidamente, que lo había
 hecho para que aprendiera.
 ¿Para que aprendiera qué?, preguntaron los
 policías entre los que estaba Pedro Negrete,
 Epifanio Galindo, Ángel Fernández, Juan de
 Dios Martínez, José Márquez.
 Para que aprendiera a que con él no se podía
 jugar.
 (Roberto Bolaño, 2666)

La falta de lenguaje es apabullante. La falta de
 lenguaje nos maniata, nos sofoca, nos
 estrangula, nos dispara, nos desuella, nos
 condena.
 Uno nunca está más inerme que cuando no
 tiene lenguaje.
 (Cristina Rivera Garza, *El invencible verano de
 Liliana*)

Este capítulo busca trazar un camino teórico alrededor de la paradoja que gira en torno a la imposibilidad e inexistencia del lenguaje para relatar la violencia. Se parte de la problematización del testimonio propuesta por Primo Levi en sus libros *Si esto es un hombre* ([1946] 2019), escrito poco después de ser liberado de Auschwitz, y *Los hundidos y los salvados* ([1987] 2019), donde propone los conceptos fundamentales de la “Zona gris” y “El musulmán”. Ambos son cruciales para comprender hasta qué punto la unicidad e indecibilidad de los acontecimientos del Holocausto mantienen a la violencia en un terreno que permite la impunidad, tema que Giorgio Agamben explora en *Lo que resta de Auschwitz*.

Hannah Arendt, por otro lado, acuña el concepto de “banalidad del mal” desde dos perspectivas: la del lenguaje burocrático representado por eufemismos, frases hechas y la nulidad de pensamiento crítico, personificado por Eichmann en los juicios posteriores a la Segunda Guerra Mundial y la de que cualquier hombre que se ajuste a la normalidad puede cometer actos atroces en nombre de la obediencia o para formar parte de un grupo. En este siglo, especialmente las escritoras sienten una necesidad radical de narrar la

violencia, como se ejemplifica en el libro *El Invencible verano de Liliانا* (2021) de Cristina Rivera Garza, donde la autora testimonia el feminicidio de su hermana menor.

Levi, Agamben, Arendt, Rivera Garza y Bolaño se tejen para plantear un marco conceptual capaz de acompañar las nociones de testimonio, la necesidad radical de narrar la violencia y las posibilidades del relato literario como potenciador de tensiones entre lo que no se puede decir por falta de lenguaje y la necesidad de expresarlo para entablar una “guerra contra el olvido” (Levi 2019, 481). Además, se busca dar nombre a la posibilidad de que en un sistema patriarcal como en el que vivimos, cualquiera pueda convertirse en un feminicida. Esa posibilidad está determinada porque los asesinos son “indevelables”, en términos de Agamben, porque podrían ser todos. Es decir, no son una excepción sino son la regla, la norma. Son hombres normales.

1. ¿Qué hay detrás de la ventana? El Apocalipsis

¿Le faltó vida a Bolaño para desarrollar personajes tan entrañables como Amalfitano, Archiboldi, Lalo Cura o personajes femeninos tan poderosos y oraculares como Cesárea Tinajero, Liz Norton, Auxilio Lacouture o las hermanas poetas? ¿Le faltó vida a Bolaño para escribir las novelas de Archiboldi? Quizá deberíamos iniciar con un breve resumen de *2666* ([2004] 2010), la novela que nos convoca. Sin embargo, lo más probable es que no se pueda hablar de esta novela sin antes mencionar *Los sinsabores del verdadero policía* (2011), también publicada póstumamente; es, además de una novela trepidante, una suerte de boceto, bosquejo o esquema de *2666*. Carolina López, esposa y albacea de Bolaño, menciona en la nota editorial que este es un proyecto que inició en la década de los ochenta y se revisó hasta el 2003, año en el que Bolaño muere. En esta novela aparece más desarrollado el personaje de Amalfitano y varias sinopsis de novelas de Archiboldi. También, en la parte “Asesinos de Sonora” ya se encuentran dos mujeres asesinadas, dos feminicidios en la ciudad fronteriza, Santa Teresa. Edelmira Sánchez de dieciséis años y Alejandra Rosales de diecisiete años, ambas encontradas en las afueras de una maquiladora (Bolaño 2011, 286-7). *Los sinsabores del verdadero policía* ya se presenta como varias novelas en una sola cuyo hilo narrativo es Óscar Amalfitano. La constelación de personajes fundamentales en el universo de Bolaño y la ciudad de Santa Teresa en *2666* se amplía, crece, se bifurca. Algunos personajes cambian de nombre y de personalidad, otros siguen siendo igual de complejos, pero lo que se mantiene son los motivos que probablemente sean los de toda la obra de Bolaño: la literatura, el viaje, la

violencia y la muerte. Así como en *Los sinsabores del verdadero policía*, Óscar Amalfitano es el hilo conductor, en *2666* hay dos hilos fundamentales: la ciudad fronteriza entre México y Estados Unidos, Santa Teresa, y el misterioso escritor Benno Von Archimboldi. Las cinco partes que componen la novela inician o terminan con la búsqueda de Archimboldi y el paso por la ciudad.

En principio está “La parte de los críticos” que es un retrato en clave de humor negro sobre la academia y sus avatares. También es un paisaje metaliterario. Los cuatro críticos, Espinoza, Morini, Pelletier y Liz Norton son una representación de la cultura europea, la civilización; de ahí que sus nacionalidades sean española, italiana, francesa e inglesa. Los cuatro archimboldianos persiguen a este escritor a quien la fama y la gloria no le importan. Un escritor que, como estudia Pelletier, se mantiene en la “insularidad [...] en la ruptura que parecía ornar la totalidad de los libros de Archimboldi en relación con la tradición alemana, no así con cierta tradición europea” (Bolaño 2009, 29-0). Las figuras de los críticos también funcionarán como una especie de detectives en búsqueda de Archimboldi y de la potencia de lo cotidiano. Espinoza y Pelletier inician un romance simultáneo con Norton; entre escenas surrealistas y llamadas telefónicas de larga distancia muestran su vulnerabilidad y se debaten entre sus dotes de críticos y detectives. Además, es una puesta en escena de la teoría que cualquiera puede caer en una situación violenta. Después de una cena, los tres toman un taxi cuyo taxista paquistaní tiene una discusión con los archimboldianos a lo que el español respondió con una golpiza, el francés no tardó en seguirlo. Norton les instaba a parar. Este impulsivo arranque llevó a Espinoza y Pelletier a reflexionar en torno a la violencia y a cómo se sintieron. “La escena del taxista paquistaní es sin duda la más importante en esta primera parte pues resume el modo en que la novela exhibe la amalgama entre literatura y violencia, esa aleación sólo permeada por el humor, el sarcasmo y la ironía que en todo Bolaño funcionan como fuerzas erosivas que provocan distancia y permiten la crítica” (Aguilar 2015, 174-5). Después de un tiempo decidieron seguir la pista de Archimboldi hasta Santa Teresa en el estado de Sonora, al noreste de México. Amalfitano, profesor de filosofía en la Universidad de Santa Teresa, sirve como guía y conexión entre la ciudad y los críticos. Sus conversaciones giran en torno al lenguaje y a Archimboldi. Norton decide regresar a su país antes que Espinoza y Pelletier porque tiene una corazonada de que esa ciudad no es un lugar hospitalario, especialmente con las mujeres. El español inicia un romance con una mexicana, Rebeca. Liz Norton y Morini se confiesan su amor y Pelletier sabe a ciencia cierta que Archimboldi está en Santa Teresa. Seguir la pista de este misterioso

escritor alemán, también es una búsqueda de pistas sobre la crítica literaria y el origen del canon de las letras occidentales. Esto nunca se devela porque como menciona Ignacio Echevarría (año, 8) en la Nota preliminar de *El secreto del mal* Bolaño persigue una “poética de la inconclusión. En ella, la irrupción del horror determina, se diría, la interrupción del relato”.

“La parte de Amalfitano” es una reflexión sobre el destino de los hombres y la escritura, cuya clave de lectura es la melancolía del académico. Óscar Amalfitano es un profesor de filosofía chileno, padre viudo de una hija de diecisiete años, Rosa, y esposo de Lola que abandonó el matrimonio para perseguir al poeta recluido en el Manicomio de Mondragón.¹ Lola regresa para contarle que vive con VIH y tiene un hijo en Francia. Amalfitano deja su cátedra en la Universidad de Barcelona y acepta una en la Universidad de Santa Teresa. Ya en México, consigue una casa con patio donde decide colgar el libro *Testamento geométrico* de Rafael Dieste para determinar cómo reacciona al desierto. Este juego es de Duchamp. Esta parte es filosófica y existencialista, nos pone de manifiesto la delgada línea entre la cordura, lo onírico y la locura. También, nos presenta a escritores marginales y olvidados.

“La parte de Fate” se inscribe en la tradición de novela negra norteamericana. Quincy Williams, también conocido como Oscar Fate, es un periodista afroamericano de treinta años que reside en Nueva York y trabaja en la revista “Amanecer negro”.² El jefe de sección de deportes lo envía a Santa Teresa para cubrir la pelea de box de Count Pickett, un boxeador de Harlem, debido al fallecimiento del corresponsal de deportes, Jimmy Lowell. Fate viaja a México y durante la pelea conoce al periodista Chucho Flores, quien le menciona el asesinato de mujeres, que ya supera las doscientas víctimas en ese momento. Fate llama a su jefe de sección para expresar su deseo de escribir sobre los crímenes. Conoce a Guadalupe Roncal, periodista mexicana, quien lo lleva a entrevistar al “principal sospechoso” de los asesinatos, un alemán muy alto que se encontraba preso en la cárcel de la ciudad. Entre estos y otros acontecimientos, Fate conoce a Rosa Amalfitano en una reunión junto con Chucho Flores y el cineasta Charly Cruz. En este encuentro, la situación se vuelve violenta alrededor de una discusión sobre películas snuff y la insistencia de Flores para tener un encuentro sexual con Rosa. Finalmente, Fate se

¹ Relación intertextual con el libro de Leopoldo María Panero *Poemas del manicomio de Mondragón*, publicado por Editorial Hiperión en 1987.

² Parodia de los nombres de revistas nacionalistas que aparecieron después de la Segunda Guerra Mundial como la *American Renaissance*, publicación mensual de supremacía blanca o la revista francesa *Valeurs actuelles*, con profundos tintes conservadores y racistas.

enfrenta con los mexicanos y en un giro cinematográfico, huyen de la escena hasta la casa de los Amalfitano, donde Óscar le pide a Fate que se lleve a Rosa de esa ciudad porque es un cementerio de mujeres. Esta parte transcurre como un sueño o una pesadilla. El característico estilo indirecto libre que usa Bolaño cambia por diálogos directos con un lenguaje estereotipado propio de afroamericanos en novelas pulp o películas de los noventa.

Antes de pasar con “La parte de los crímenes”, hablaremos de “La parte de Archimboldi”, la última sección. Hans Reiter nació en 1920; su padre participó en la Primera Guerra Mundial, y él en la Segunda. De alguna manera, las Guerras Mundiales determinan la herencia de Europa. Reiter, un niño singular, a los diecinueve años fue llamado a las filas del Ejército Alemán. En principio, se dirigieron a Polonia, luego a Rumanía, a la Unión Soviética, y en Ucrania lo hirieron, refugiándose en una casa donde encontró el manuscrito de Boris Ansky. Reiter decide dedicarse a la escritura y adopta el seudónimo de Archimboldi, como el de un pintor mencionado por Ansky. Finalmente, se reencuentra con Ingerborg e inician una relación hasta que ella fallece. Archimboldi vive en Venecia disfrutando de las regalías de sus libros. Luego, inicia la narración de Lotte Reiter, hermana menor de Hans, quien lo envía a Santa Teresa para salvar a su sobrino, Klaus Haas, que se encuentra preso por ser el principal sospechoso de los crímenes de mujeres en la ciudad mexicana. En esta parte, también se retrata la riqueza de leyendas europeas representadas por personajes secundarios como la baronesa Von Zumpe, el escritor de ciencia ficción, Ivanov, el general Entrescu, los niños bebedores de una ciudad sin adultos. Sobre todo, representa una reflexión sobre la estela de violencia que dejaron las Guerras Mundiales en Occidente.

“La parte de los crímenes” no solo es la más extensa de la novela, sino también es la más deslumbrante, un “agujero negro”, sobre todo, un ejercicio literario de representación de uno de los problemas más profundos que asolan nuestro tiempo, la violencia de género dentro del sistema del patriarcado capitalista. En este apartado nos encontramos con la narración de ciento diez asesinatos de mujeres en la ciudad de Santa Teresa, la mayoría encontradas en los basureros de las maquiladoras norteamericanas, las carreteras y el desierto, casi todas enterradas en fosas comunes. Los asesinatos inician en 1993 y acaban, de manera abrupta, en 1997. Se desdibujan los límites entre ficción y otros lenguajes propios de los sistemas jurídicos, policiales, forenses, periodísticos, incluso de creencias populares. Entre el catálogo de crímenes se intercalan otras historias protagonizadas por algunos policías como Pedro Negrete, Epifanio Galindo, Lalo Cura o

el romance de la directora del manicomio, Elvira Campos y el policía judicial, Juan de Dios Martínez. Aparecen personajes como el profanador de iglesias, la santa y adivina de televisión, Florita Almada, Harry Magaña, el cazarrecompensas norteamericano y Sergio González, periodista del D.F.³ También están Archiboldi y su sobrino, Klaus Haas, sospechoso de asesinatos en serie, quien a la vez culpabiliza a los hermanos Uribe, Antonio y Daniel, empresarios de la ciudad. Esta parte se compone de interminables pistas falsas sobre la muerte violenta y sistemática de mujeres, alimentada por varios pasajes de inoperancia policial y de participación de bandas involucradas con el narcotráfico. Después de cien asesinatos, el lector sabe que no hay un asesino, que las pistas son falsas y que todas las teorías son verdaderas, plausibles. El lector sabe que a las mujeres las matan por haber nacido mujeres. Como describe Paula Aguilar en su artículo “Violencia y literatura en América Latina a partir de 2666 de Roberto Bolaño” publicado en el libro *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente* (2015, 180-1) de la Universidad Nacional de La Plata:

“La parte de los crímenes” recorre en más de trescientas páginas el desierto poblado de cadáveres de las jóvenes asesinadas en Santa Teresa. El narrador elige comenzar el relato con el hallazgo de la primera muerte de 1993, Esperanza Gómez Saldaña, y la lista pasará ante el lector como si en vez de estar leyendo una novela estuviera mirando las fotos de un informe forense de las que, sin embargo, se desliza un resto que sacude el mal de archivo de las imágenes sepultadas por instituciones amnésicas. El detalle alterna entre dónde se encontró el cadáver, por quién, qué heridas o vejaciones presenta y su identificación, en la medida de lo posible. Esta sucesión macabra de cuerpos, descritos con un lenguaje desafectado, citando los registros médicos y policiales (muchas veces el narrador explicita que así lo indican dichos informes) no intenta explicar los crímenes ni investigar culpables sino sólo muestra a las víctimas. En una sociedad que las invisibiliza se trata de imponer sus presencias a través de la lista interminable que detalla los horribles hallazgos. Si el principio de la repetición no llega a desgastar el mecanismo es porque se salva ese riesgo, el del hartazgo, con la peculiaridad de cada asesinato, lo particular de cada víctima. Por lo tanto, al mismo tiempo el catálogo se desliza desde el informe forense o la crónica policial periódica hacia el documento con valor testimonial para desprenderse así de la mecánica administrativa de acopio, registro y también del olvido.

En este punto, se presenta importante reflexionar sobre algunos conceptos fundamentales. ¿Fueron los ciento diez “crímenes pasionales”? ¿Todos los asesinatos de mujeres pueden llamarse homicidios? ¿Cuál es el papel del testimonio y del lenguaje literario en los crímenes de mujeres?

³ Sergio González Rodríguez es un periodista mexicano, autor de la crónica *Huesos en el desierto* publicada por Anagrama Editorial en 2002. En esta se cuenta los crímenes en Ciudad Juárez con cifras, testimonios y transcripciones de documentos policiales. Es la versión no ficticia de “La parte de los crímenes” de 2666.

Rita Laura Segato es una de las primeras teóricas feministas en abordar la necesidad de establecer categorías específicas para nombrar los asesinatos de mujeres, más allá de etiquetarlos como crímenes pasionales u homicidios comunes. En su artículo “¿Qué es un feminicidio?” aparecido en el libro *Fronteras, violencia, justicia: nuevos discursos* (2008) compilado por la Universidad Nacional Autónoma de México, Segato realiza una arqueología de la categoría remitiéndose a las autoras Caputi y Russell, quienes en 1990 ya adoptaron el término “femicide” para referirse al terrorismo antifemenino que se traduce en muertes (36). Segato propone el término “feminicidio”, más abarcador que femicidio, con la idea de englobar crímenes de odio y de poder hacia el cuerpo femenino. Esta categoría se utilizará a lo largo de este estudio, ya que hablar de “crímenes sexuales” resulta nulificador para nombrar la multiplicidad de formas en que opera la violencia feminicida.

Si, por un lado, esta categoría se propuso poner al descubierto el trasfondo que confiere unidad de sentido a los asesinatos de mujeres y, de esta forma, mostrarlos vinculados al revelar los varios procedimientos utilizados por el poder del cual todos emanan; por el otro, trazaba un límite entre la violencia de género, la violencia misógina y otras formas de criminalidad que (al menos en apariencia) no ocurren directamente dentro del círculo regido por la economía simbólica patriarcal. Parecía también estratégico mostrar la especificidad de los asesinatos de mujeres, retirándolos de la clasificación general de “homicidios”. Era necesario delimitar, frente a los medios de comunicación, el universo de los crímenes del patriarcado e introducir en el sentido común la idea de que hay crímenes cuyo sentido pleno sólo se vislumbra cuando se piensa en el contexto del poder patriarcal. La otra dimensión fuerte que se defendía con esta noción de feminicidio era la caracterización de estos crímenes como crímenes de odio, como los racistas y homofóbicos. (Segato 2008, 37-8)

En este sentido, se debe problematizar la paradoja de la imposibilidad de narrar la violencia contemporánea. El lenguaje de la violencia que se ha venido utilizando en la última mitad del siglo XX y el inicio del XXI está despojado de humanidad, está normalizado y se remite a cifras o al anonimato. ¿Cómo revertir la retórica de exterminio desde la normalización de los feminicidios? Develando la conveniencia del problema de la irrepresentabilidad desde el archivo y el testimonio, y pensando una poética de la escritura de la violencia.

Giorgio Agamben, en *Lo que resta de Auschwitz* plantea que, a pesar de tener un panorama general de las circunstancias históricas del exterminio de judíos, los sentidos éticos y políticos todavía se encuentran en una zona incomprensible. Esta brecha se debe a la propia estructura del testimonio. Es decir, la base misma del testimonio es hablar por otros, los desubjetivados, los que no están. Aquí se construye la paradoja que se concentra

en la necesidad de elaborar una historia y la imposibilidad de hacerlo por varias causas; por el trauma, la culpa, la vergüenza o porque el lenguaje resulta insuficiente. Agamben se embarca en el trabajo de escuchar perpetuamente lo que él denomina la “laguna”, es decir, ese lugar donde se encuentra lo no-dicho.

El título del libro que abre *La trilogía de Auschwitz* (2019); “Si esto es un hombre”, ya da cuenta del poder de la ironía para hablar de lo que no se puede hablar. ¿Quiénes fueron los que dejaron de ser hombres? ¿Los toruradores o los torturados? La naturalización de la violencia en nombre del racionalismo y las relaciones de poder de la modernidad se cuentan en clave irónica construyendo así un sentido político. Bolaño adopta un enfoque similar en algunos de sus abordajes a esta parte de la historia, utilizando la parodia y la ironía para resignificar el lenguaje y desestabilizar el origen, la esencia y la sacralización que otorga el silencio. En este sentido, se puede pensar en la cautela de Primo Levi al representar la violencia mediante el testimonio. “Levi no se siente escritor, se convierte en escritor sólo para testimoniar” (Agamben 2019, 17). En la memoria, que se teje de afectos, está la potencia pero también la fragilidad de lo vivido. Sin embargo, es necesario dar cuenta del horror, aunque se reconozca la imposibilidad y la limitación para hacerlo. La escritura de Primo Levi problematiza el sentido político del testimonio, poniendo en tensión el lenguaje de los campos de concentración, del poder hegemónico, de la memoria colectiva y algunos estatutos de verdad. Levi encuentra las palabras para describir el despojo de la humanidad de los cuerpos en los campos de concentración nazis. Son cuerpos que sufren un exilio de sí mismos, desde su materialidad y un exilio de su condición de sujetos porque han perdido su nombre, su capacidad de hablar. Lo mismo que sucede con las mujeres abandonadas en basurales y enterradas en fosas comunes.

Para Levi, narrar lo inenarrable implica un esfuerzo por encontrar la palabra perfecta, tomar conciencia del detalle, trabajar con el lenguaje y convertir el horror en literatura. En la parte “Los hundidos y los salvados”, Primo Levi testimonia sobre Las Escuadras Especiales, conformadas por prisioneros judíos encargados de realizar tareas atroces como meter a otros judíos a los hornos y seguir el proceso del horror: ir a las cámaras de gas, sacar los cadáveres, quitarles dientes de oro, cortarles el cabello, sacar y clasificar la ropa, vigilar el buen funcionamiento de los hornos, sacar las cenizas y hacerlas desaparecer (Levi 2019, 510). Esta tarea “trataba de descargar en otros, y precisamente en las víctimas el peso de la culpa” (513). Análogamente, el descargo de la violencia machista funciona de manera similar; las familias de las víctimas de

feminicidios actúan como testigos, aunque no sean testigos integrales, y las mujeres sobrevivientes intentan testimoniar, a pesar de la culpa y la revictimización que la sociedad descarga sobre ellas, para prevenir que suceda con otras mujeres. La mayoría de testigos que sobrevivieron a los campos de concentración pertenecían a las Escuadras Especiales, justamente por los “privilegios” otorgados por hacer el trabajo “sucio” lograron sobrevivir. El lenguaje utilizado por estos testigos se centra “en otro tipo de cosa” en palabras de Levi.

Por parte de hombres que han conocido esta privación extrema no podemos esperar una declaración en el sentido jurídico del término sino otro tipo de cosa, que está entre el lamento, la blasfemia, la expiación y el intento de justificación y recuperación de sí mismos [...] No es fácil ni agradable sondear este abismo de maldad y, sin embargo, yo creo que debe hacerse, porque lo que ha sido posible perpetrar ayer puede ser posible que se intente hacer mañana y puede afectarnos a nosotros mismos y nuestros hijos. Se siente la tentación de volver la cabeza y apartar el pensamiento: es una tentación a la que debemos resistir. (Levi 2019, 513)

Para Levi, el testimonio es fundamental para que un genocidio como el judío no vuelva a ocurrir. Su reflexión sobre el testigo perfecto nos lleva a pensar que sobrevivir en los campos de concentración fue una cuestión, sobre todo, azarosa. En este sentido habla sobre la zona gris como ese espacio que separa a las víctimas de los victimarios y que nunca está vacío.

Es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal, como era el nacionalsocialismo, convierta en santos a sus víctimas, por el contrario, las degrada, las asimila a él, y tanto más cuanto vulnerables sean ellas, vacías, privadas de un esqueleto político o moral. Son muchos los signos que indican que ha llegado el tiempo de explorar el espacio que separa a las víctimas de sus perseguidores [...] Sólo una retórica esquemática puede sostener que tal espacio esté vacío: nunca lo está, está constelado de figuras torpes o patéticas (a veces poseen al mismo tiempo las dos cualidades) que es indispensable tener presentes si queremos conocer a la especie humana, si queremos poder defender nuestras almas en el caso de verse sometidas a otra prueba semejante o si, únicamente, queremos enterarnos de lo que ocurre en un gran establecimiento industrial. (Levi 2019, 500-1)

En el caso de los feminicidios, en la zona gris se encuentran el Estado, la policía, y la concepción moral de lo privado. Es en esta zona donde se produce la impunidad de estos crímenes. Si para Levi recordar la realidad fehacientemente es fundamental, narrar la violencia es proponer una guerra contra el olvido. En “La parte de los crímenes” vemos representadas a estas figuras “torpes o patéticas” en personajes como Pedro Negrete, jefe de policía, Epifanio Galindo, ayudante del jefe de policía, Juan de Dios Martínez, policía

judicial, los ejecutivos de las maquiladoras norteamericanas, los cazarrecompensas como Harry Magaña, los periodistas de crónica roja que tienen tan naturalizada la violencia que no les interesa los asesinatos de mujeres o su tratamiento es de cifras sin nombres. También están los políticos, los narcotraficantes y hasta el chivo expiatorio perfecto, Klaus Haas, extranjero y sobrino de Archimboldi.

La vida es dura, dijo el presidente municipal de Santa Teresa. Tenemos tres casos que no ofrecen ninguna duda, dijo el judicial Ángel Fernández. Hay que mirar las cosas con lupa, dijo el tipo de la cámara de comercio. Yo todo lo miro con lupa, una y otra vez, hasta que se me cierran los ojos de sueño, dijo Pedro Negrete. De lo que se trata es no moverle al cucarachero, dijo el presidente municipal. La verdad es una y ni modo, dijo Pedro Negrete. Tenemos un asesino en serie, como en las películas de los gringos, dijo el judicial Ernesto Ortiz Rebolledo. Hay que fijarse muy bien dónde uno pone los pies, dijo el tipo de la cámara de comercio. (Bolaño, 2012, 588-9)

Para este momento de la historia ya se contabilizaban casi cincuenta asesinatos en el catálogo de crímenes. Sin embargo, los hombres reunidos en esta conversación solamente se preocupan por tres. La minimización de cifras es fundamental para que el Estado no aparezca como ineficiente. Por otro lado, está la visión masculina de la situación que Bolaño ironiza con la presencia del representante de la cámara de comercio que tiene voz y voto en una discusión que parecería no incumbirle, pero por supuesto todo está transversalizado por el sistema capitalista, como lo menciona Segato. Y, llama la atención, que no se encuentran en esta reunión dos visiones también masculinas, pero con otra sensibilidad que son Juan de Dios Martínez y Lalo Cura, los únicos policías preocupados por la cantidad de mujeres asesinadas y por esclarecer los hechos y buscar una suerte de reparación y justicia. Indiscutiblemente el sistema estatal y paraestatal forman una zona gris dentro de “La parte de los crímenes” y de la realidad contemporánea.

En el caso de los feminicidios masivos de mujeres no solamente que ha pasado desde que se pueden encontrar registros históricos, sino que pasa y seguirán pasando mientras el sistema patriarcal capitalista no reconozca que también es un genocidio⁴ y en términos más específicos un femigenocidio⁵. De tal manera, se pueden vincular las

⁴ Rita Laura Segato en el artículo “¿Qué es un feminicidio?”, ya menciona la categoría de “genocidio” para referirse a los feminicidios y que estos sean incluidos en la Corte Penal Internacional de La Haya.

⁵ El término femi-geno-cidio es una categoría pensada por Rita Segato desde la necesidad de que las esferas jurídicas y legales reconozcan la intención de remarcar el componente de género en un feminicidio. En otras palabras, resalta de manera aun más evidente que un feminicidio (es decir, el asesinato de una mujer) tiene como motivo el simple hecho de que la víctima pertenece al género femenino. Al

escrituras de Levi con las de Bolaño como escritores en búsqueda de las fisuras y grietas que se encuentran en las zonas grises. Aunque sostener la mirada frente a los cuerpos despojados de humanidad, entre la vida y la muerte, resulte imposible, ¿qué es lo que se puede hacer? Contarlo, pero ¿cómo? ¿Por qué vincular dos lugares lejanos, a simple vista, en tiempo y espacio como lo son Alemania de 1945 con México de los noventa? Nos convoca la ininteligibilidad. El problema de lo ininteligible es que toma un matiz de sacralidad. Desde la perspectiva de Agamben, es fundamental que el genocidio nazi no se quede en el lugar de lo incomprensible porque esto le otorga un lugar en el terreno de lo sagrado. Entonces, no puede ser juzgado por el ser humano, “la teodicea es un proceso que no quiere establecer las responsabilidades de los hombres, sino de Dios. Como todas las teodiceas esta acaba con una absolución” (Agamben 2019, 21). La sacralización no resuelve nada; es un placebo y desde ese terreno es imposible juzgar. Parte fundamental para que permanezca sacralizado es la inexistencia de categorías jurídicas para cada feminicidio, como lo menciona Segato, que permitan ser juzgados desde sus características específicas. En este punto, volvemos al texto “¿Qué es un feminicidio?” (Segato 2008, 45-7). en el que plantea que la falta de categorías jurídicas específicas para nombrar los feminicidios y de esta manera identificarlos y distinguirlos no permite que los procedimientos jurídicos actúen con el rigor necesario para que las distintas variedades de feminicidios no queden impunes. Agamben ya menciona que el gesto de asumir responsabilidades genuinamente jurídico y no ético (Agamben 2019, 24).

2. La necesidad radical de narrar

El universo de Bolaño constituye un rompecabezas de fragmentos que intentan hilar una herencia de la violencia de Occidente, trazando una cartografía temporal y espacial desde mediados del Siglo XX, específicamente, el periodo entre guerras. La creación de personajes marginales y la búsqueda de una compleja “simetría”⁶ entre sus obras nos pone frente a esa potencia de la fractalidad. La conexión entre sus novelas es

introducir el interfijo -geno- la Corte Interamericana de Derechos Humanos declaró que tres asesinatos catalogados simplemente como “crímenes sexuales” fueran juzgados desde un componente de género, puesto que se las muertes sistemáticas de mujeres por pertenecer a este grupo social específica ya se puede considerar un exterminio.

⁶ Lina Meruane, en el prólogo de *Cuentos completos* de Roberto Bolaño, destaca que: “el propio B le había descrito el «plan general» de su obra, plan que en 1998 calificó de «simétrico».” (Bolaño 2019, 14)

evidente, creando así un universo literario en el cual cada elemento se relaciona, expande y entrelaza con otros interactuando y jugando entre sí. Ejemplos de esta afirmación se encuentran en novelas que han surgido a partir de capítulos de libros anteriores, como *Amuleto* (1999) derivado de *Los detectives salvajes* (1998), o *Estrella distante*, del último capítulo de *La literatura nazi en América*. De manera similar, algunos cuentos, como “Músculos”, una versión reducida de *Una novelita Lumpen* (2002), también contribuyen a este entramado.

Dentro de este tejido, las hermanas poetas emergen como otra obsesión de Bolaño. En *Los detectives salvajes* aparecen María y Angélica Font, personajes fundamentales de la trama. En obras como *La literatura nazi en América*, aparecen las gemelas María y Magdalena Venegas asesinadas por Carlos Ramírez Hoffman que en *Estrella distante* es Carlos Wieder o Alberto Ruíz- Tagle, el asesino de las hermanas Verónica y Angélica Garmendía. La preocupación por los asesinatos, crímenes y feminicidios también forma una constelación en su universo literario. En *La literatura nazi en América* ya rastreamos los primeros feminicidios bolanianos, el de las hermanas Venegas, que luego se amplían en *Estrella distante*. Estos feminicidios están directamente relacionados con la mirada de las mujeres en la dictadura chilena. No solamente porque el personaje que comete estos asesinatos es un militar chileno sino porque estas hermanas son la representación del horror para las mujeres en ese periodo de tiempo.⁷ Por otro lado, en la novela *La pista de hielo* ocurre el feminicidio de Carmen González Medrano por parte del personaje denominado “El recluta”, uno de sus seguidores fieles y por eso acreedor de ella como su posesión. El recluta mata a Carmen por ser una mujer independiente, por tener rasgos de bruja y por una especie de reivindicación; pasa de ser un invisible para la sociedad a ser un asesino.

En su narrativa breve, Bolaño aborda de manera recurrente los motivos de las violaciones, asesinatos, intentos de feminicidios y feminicidios, como se observa en “Putas asesinas”, cuento que da nombre al libro, hay un asesinato por parte de una mujer

⁷ Enrique Trujillo, autor de la tesis *El secreto del mundo: El feminicidio como eje temático en las novelas La pista de hielo (1993), Estrella distante (1996) y 2666 (2004), de Roberto Bolaño* de la Universidad Andina Simón Bolívar, reflexiona sobre el papel de las mujeres en la dictadura chilena y menciona “Las formas en las que aparece la mujer en el fragmento citado dejan poco lugar a dudas acerca de los roles que se le asignan dentro del universo masculino de una dictadura como la chilena a finales del siglo pasado: parejas para bailar (compañía, entretenimiento, solaz), prostitutas (el ejercicio de una sexualidad dominante, mecánica, para que el clan pueda conjurar el peligro, siempre presente, de parecer colisas, palabra coloquial chilena asociada a la homosexualidad) y, en el último y horroroso extremo –las fotografías de Wieder– maniqués, juguetes destrozados, muñecas carentes de movimiento propio con las que se juega, o se ha jugado antes a placer, tanto que se han roto”. (Trujillo 2021, 51)

a un hombre, en un guiño irónico bolaniano. Por otro lado, en los cuentos “Crímenes” y “La habitación de al lado” del libro póstumo *El secreto del mal* se mencionan feminicidios de personajes que no son protagónicos en la trama, pero que son fundamentales para comprender la dimensión de los personajes principales. En los cuentos del libro *Llamadas telefónicas* “William Burns”, “Clara” y “Detectives” no hay muertes explícitas, sin embargo, hay violaciones y la espera de feminicidios inminentes. También está el cuento que da nombre al libro “Llamadas telefónicas” en el que asesinan a la protagonista, X. En este relato hay un narrador omnisciente que cuenta la “desdichada” historia de amor entre B y X. Se separan y viven en extremos alejados de un país. B llama a X constantemente, se ven, tienen un romance y se separan una vez más. B regresa a su ciudad y se comunicaba con X por medio de llamadas aunque cada vez con menor frecuencia. Por la visita de unos policías B se entera del feminicidio de X por parte de un antiguo enamorado. Un tipo que molestaba a X con llamadas anónimas. En “Llamadas telefónicas” el silencio es cómplice del feminicidio de X y la violencia se manifiesta con el silencio.

Este universo teje una visión de la desigualdad de géneros mostrando ejercicios de poder masculinos que van desde la violencia gratuita hasta la cosificación extrema del cuerpo femenino, como en “La parte de los crímenes” de 2666. La narración, enmarcada en un periodo de tiempo específico entre 1993 y 1997, marca una especie de hito, aleatorio, para visibilizar la violencia machista. Esto no significa que antes o después los crímenes no existiesen o hayan terminado, significa que la violencia machista podría situarse en cualquier periodo de tiempo y seguiría igual. Por medio del estilo indirecto libre, Bolaño adopta una aparente mirada objetiva que recolecta y narra testimonios, pero incluye algunas licencias para construir percepciones a través de juicios de valor o focalizaciones machistas.

Mónica había sido violada anal y vaginalmente, aunque también le encontraron restos de semen en la garganta, lo que contribuyó a que se hablara en los círculos policiales de una violación «por los tres conductos». Hubo un policía, sin embargo, que dijo que una violación completa era la que se hacía por los cinco conductos. Preguntando sobre cuáles eran los otros dos, contestó que las orejas. Otro policía dijo que él había oído hablar de un tipo de Sinaloa que violaba por los siete conductos. Es decir, por los cinco conocidos, más los ojos. Y otro policía dijo que él había oído hablar de un tipo del DF que violaba por los ocho conductos, que eran los siete ya mencionados, digamos los siete clásicos, más el ombligo, al que el tipo del DF practicaba una incisión no muy grande con su cuchillo y luego metía allí su verga, aunque, claro, para hacer esto había que estar muy taras bulba. (Bolaño 2010, 576-7)

En esta cita se observa la naturalización y normalización de la violencia dentro de la institución policial, además de la objetualización de los cuerpos femeninos. El uso de frases como “los siete conductos clásicos” como si se refiriera a prácticas comunes y corrientes. Igualmente, son interesantes esos coloquialismos mexicanos como “taras bulba”⁸ que dan cuenta de la imposibilidad de encontrar palabras para el desconcierto o describir lo indescriptible. Cada lengua inventa, fabrica el concepto desde su propia libertad para dar movilidad al lenguaje. A pesar de la multiplicidad de escenarios, personajes y matices, un elemento común en la narrativa de Bolaño es la representación de hombres comunes que, en momentos de ira, pueden ejercer el poder de la vida o la muerte sobre las mujeres de manera impune. Con la excepción de Wieder/Hoffman/Ruíz-Tagle, un asesino serial de mujeres en pro de la poesía visual de vanguardia, la mayoría de personajes masculinos son individuos ordinarios, como vendedores de medias, mendigos, dueños de tiendas o simplemente los esposos, novios, hijos, nietos, tíos, sobrinos, cuñados o cualquier familiar, destacando la omnipresencia de la violencia de género en la vida cotidiana.

Las matan porque pueden

Como se menciona anteriormente, ninguno de los asesinos, violadores o perpetradores de violencia sobre cuerpos femeninos tiene alguna característica que lo haga especial o sobresaliente. En “La parte de los crímenes”, hay, al menos, cien asesinos diferentes y todos son hombres comunes y corrientes, la mayoría trabajadores de las maquilas fronterizas, y todas las teorías que se tejen alrededor de las muertes masivas de mujeres son ciertas. De los ciento diez asesinatos, trece fueron cometidos por novios de las mujeres muertas, cinco por esposos, hay uno por parte de los ejecutivos de la maquila, uno de un exesposo, un hijo, un padrastro enamorado, un policía, un asesinato cometido por varios compañeros de trabajo de la víctima, una por parte de tres amigos, uno por robo, otro por una bala perdida, y la mayoría fueron por celos. Por ejemplo, de los cuerpos encontrados en 1993, solamente tres han sido casos cerrados y resueltos; los demás se han archivado o se han cerrado por falta de pruebas, de espacio o de capacidad de la policía. No son hombres extraordinarios, ni esta matanza masiva se produce por un suceso

⁸ La expresión “Taras Bulba” a veces se utiliza para referirse a la figura del guerrero cosaco o para evocar la bravura y el espíritu indomable de esos personajes. En algunas regiones, “Taras Bulba” también puede ser utilizada de manera más general para referirse a alguien valiente, audaz o con características de liderazgo.

específico. La muerte sistemática de mujeres es perpetrada por cualquier hombre en cualquier circunstancia porque puede.

En un guiño por el camino de la violencia trazado por Bolaño, nos acercamos al concepto de Hannah Arendt sobre “la banalidad del mal” en el libro *Eichmann y el Holocausto* (2012). Este concepto está ligado a la figura de Eichmann como la representación de los nazis cuya irreflexión fue lo que los predispuso a convertirse en criminales. Es decir, que al igual que los nazis los hombres que asesinan mujeres solamente por el hecho de ser mujeres no son excepcionales sino más bien son hombres comunes y corrientes que tienden al poco juicio crítico. El lenguaje es fundamental en el imaginario de un hombre que encuentra en las frases pegadizas que el régimen nazi inventaba para convencer de sus bondades. El constante uso de clichés para banalizar el lenguaje hizo que, de alguna u otra forma, se eliminara la piedad en la conciencia de algunos nazis irreflexivos y se mostraran como las víctimas de su tiempo.

El miembro de la jerarquía nazi más dotado para la resolución de problemas de conciencia era Himmler. Himmler ideaba eslóganes, como el famoso lema de la SS, tomado de un discurso de Hitler dirigido a esas tropas especiales, en 1931, «Mi honor es mi lealtad» – frases pegadizas a las que Eichmann llamaba «palabras aladas» y los jueces de Jerusalén denominaban «banalidades» [...] He aquí otras frases tomadas de los discursos que Himmler dirigía a los comandantes [...] «La orden de solucionar el problema judío es la más terrible orden que una organización podía jamás recibir», «Sabemos muy bien que lo que de vosotros esperamos es algo *sobrehumano*, esperamos que seáis *sobrehumanamente inhumanos*» [...] Lo que se grababa en las mentes de aquellos hombres que se habían convertido en asesinos era la simple idea de estar dedicados a una tarea histórica, grandiosa, única [...] que en consecuencia, constituía una pesada carga. Esto último tiene gran importancia, ya que los asesinos no eran sádicos, ni tampoco homicidas por naturaleza [...] De ahí que el problema radicara, no tanto en dormir su conciencia, como en eliminar la piedad meramente instintiva que todo hombre experimenta ante el espectáculo del sufrimiento físico. El truco utilizado por Himmler [...] era muy simple y probablemente muy eficaz. Consistía en invertir la dirección de estos instintos, o sea, en dirigirlos hacia el propio sujeto activo. Por eso, los asesinos, en vez de decir: «¡Qué horrible es lo que hago a los demás!», decían: «¡Qué horribles espectáculos tengo que contemplar en el cumplimiento de mi deber, cuán dura es mi misión!». (Arendt 2012, 54-55)

En esta cita, se observa una transferencia de culpabilidad de los actos hacia la víctima por parte del victimario. En “La parte de Archimboldi”, Bolaño representa a estos hombres desde la figura de Sammer que es el burócrata perfecto, se transforma en asesino por seguir órdenes y, finalmente, Reiter/Archimboldi lo mata. En el caso de los feminicidios, se presenta el sufrimiento de los hombres que asesinan a mujeres con las que tienen un vínculo afectivo y proclaman que ellas fueron las culpables de los actos que ellos cometen, casi como si los obligaran a cometerlos, generalmente por celos o por

razones de índole visceral. En “La parte de los crímenes”, uno de los asesinatos de agosto de 1995 ilustra este aspecto, mostrando que cualquiera puede convertirse en un asesino. Mónica Posada, de 20 años de edad, fue encontrada en un campo baldío, violada y asesinada brutalmente. Las piernas tenían tanta sangre que parecía llevar medias rojas y presentaba señales de mordeduras por todo el cuerpo. El padrastro admitió el brutal asesinato. En su confesión, el hombre dijo haber estado enamorado de Mónica desde que ella tenía 15 años y que su vida era un tormento. Aunque siempre se contuvo debido a que era su hijastra, la hija de la madre de sus hijos, un día que ambos estaban solos en la casa, no pudo contenerse más (Bolaño 2010, 577-578). Es tan casual y normal la falta de contención masculina que hasta parece que lo hicieran por mero aburrimiento.

Por otro lado, dentro de la lógica discursiva de la “banalidad del mal”, el eufemismo y la metáfora son parte del lenguaje del Estado indolente y del horror. Hannah Arendt destaca varios eufemismos utilizados por Hitler y Himmler para referirse a varias decisiones tomadas frente a lo que denominaron como “Solución Final”, como eufemismo de los diversos modos de matar. “Ninguna de las diversas «normas ideomáticas», cuidadosamente ingeniadas para engañar y ocultar, tuvo un efecto más decisivo sobre la mentalidad de los asesinos que el primer decreto dictado por Hitler en tiempo de guerra, en el que la palabra «asesinato» fue sustituida por «el derecho a una muerte sin dolor»“ (Arendt 2012, 60). El no tener un lenguaje específico, especializado o técnico para referirse a las muertes masivas de mujeres, solamente por el hecho de ser mujeres, y el uso de eufemismos como “crímenes pasionales” alimentan la ineficacia de los Estados, permitiendo que la impunidad sea la norma. En el caso ficticio de “La parte de los crímenes” de 2666, solamente se esclarecieron veintinueve casos de los 110 asesinatos, y de esos solo tres se cerraron con condenas. Los demás quedaron abiertos o los culpables se fugaron de la ciudad. Solo dos años después de iniciado el conteo de mujeres asesinadas, 33 hasta ese momento, los políticos y la prensa comienzan a sentir cierta incomodidad.

El 16 de julio de 1990 asesinaron a Liliana Rivera Garza en la Ciudad de México. La encontraron en su casa de la Calle Mimosas 658 asfixiada. El asesino, que no es presunto, fue su ex novio de la adolescencia. El crimen de Liliana se conoce porque su hermana, Cristina Rivera Garza, lo escribió a los veintinueve años, tres meses y dos días después de su fallecimiento. ¿Por qué le tomó tanto tiempo escribir sobre el asesinato de su hermana menor, su única hermana, a una escritora con tantos libros ya publicados?

Cristina Rivera Garza (2021, 20) responde a esta pregunta en el libro *El invencible verano de Liliana*.

Pasan tantas cosas en treinta años. Pasa la muerte, sobre todo. No deja de pasar. La muerte de miles y miles de mujeres. Sus cadáveres aquí, rondando. [...] Pasan aquí, al lado, a mi lado; no dejan de pasar. Sus imágenes en los papeles que cubren los postes de luz, en las páginas de los diarios, en los reflejos de todos los aparadores y las ventanillas: los rostros que tenían antes del crimen, antes de la venganza o el soborno, antes del amor. El tiempo se agolpa y se contrae. Luego se distiende otra vez. Un año. Tres años. Once años. Quince años. Veintiuno. Veintinueve. Luego se contrae de nueva cuenta. Estamos siempre en el mismo punto de inicio: los pies adheridos a un duro pegamento hecho de duelo y de culpa mientras el cuerpo se estira, horizontal, hacia un asombro de secuencia.

La pregunta recae en la hermana, recae en la víctima, en los familiares de las víctimas. ¿Por qué no terminaron a tiempo una relación abusiva? ¿Por qué denuncian tanto tiempo después? La sociedad, el sistema judicial, penal y los Estados son expertos en culpabilizar al más vulnerable. Y también porque en los años noventa el lenguaje para describir el asesinato de mujeres por parte de miembros de su círculo familiar o afectivo no existía. La carencia de una o múltiples palabras que expliquen los asesinatos de diez mujeres al día, solamente en Ciudad de México, por parte de sus familiares o parejas sentimentales hace que estos crímenes permanezcan en un lugar siempre incomprensible o en el de la naturalización.

“¿Se puede ser feliz mientras se vive en duelo?” (Rivera Garza 2021, 24) pregunta Cristina. La culpa del sobreviviente ha sido una de las obsesiones de Primo Levi y Giorgio Agamben a partir del exterminio del pueblo judío en la Segunda Guerra Mundial. También lo es de Cristina Rivera Garza y otras autoras contemporáneas por el exterminio de mujeres a lo largo de la historia. En todos los casos hay un enigma que se forma alrededor del comportamiento del verdugo y las víctimas. Un enigma que se genera a partir de la creación de códigos propios, de una suerte de lenguaje que solamente ellos pueden decodificar.

¿Cuándo aparece la palabra feminicidio en Latinoamérica? En México se tipificó en el Código Penal Federal en el año 2012. Antes, a los asesinatos de mujeres por razones de género se los denomina “crímenes de pasión”. En Ecuador se tipificó el delito de femicidio el 10 de agosto del 2014, siendo uno de los últimos países de la región en reconocer el lenguaje adecuado para los crímenes por violencia de género. En México el término utilizado es “feminicidio” y en Ecuador “femicidio” la diferencia radica en que mientras femicidio significa la muerte de una mujer por odio, el feminicidio se refiere a la inactividad del Estado por evitar la violencia contra la mujer. Encontrar un lenguaje

para las muertes violentas de mujeres ha sido una lucha incansable de diversos grupos de activistas. Una lucha que inició en las calles, plazas y luego fue llevada a juzgados, asambleas, Procuradurías y otras instancias. Diez años en el caso de México, ocho años en el caso de Ecuador. Cristina Rivera Garza (2021, 34) menciona:

A gran parte de los feminicidios que se cometieron antes de esa fecha se los llamó crímenes de pasión. Se les llamó andaba en malos pasos. Se les llamó ¿para que se viste así? Se le llamó una mujer siempre tiene que darse su lugar. Se le llamó algo debió haber hecho para acabar de esa forma. Se le llamó sus padres la descuidaron. Se le llamó la chica que tomó una mala decisión. Se le llamó, incluso, se lo merecía. La falta de lenguaje es apabullante. La falta de lenguaje nos maniatada, nos sofoca, nos estrangula, nos dispara, nos desuella, nos cercena, nos condena.

El asesino, el feminicida de Liliana nunca fue apresado, nunca tuvo que enfrentar a la ley y todos estos años ha estado libre e impune. A Cristina Rivera Garza, como a muchos familiares de mujeres asesinadas por sus parejas, les ha costado decir en voz alta que buscan justicia para sus muertas, que necesitan justicia para aplacar la rabia, la impotencia, la culpa y la vergüenza. A las ciento diez mujeres asesinadas en Santa Teresa también les falló el Estado mexicano. *2666* fue publicado en el 2004, cuando las palabras femicidio y feminicidio todavía no estaban tipificadas en los Códigos Penales de varios países de América Latina. En “La parte de los crímenes”, además de los 110 asesinatos de mujeres se destaca que la mayoría eran trabajadoras de maquilas fronterizas entre México y los Estados Unidos. Estas mujeres murieron en el anonimato y no recibieron justicia. Las pruebas se perdían en el camino a una ciudad más grande. Los asesinos se fugaban, como en el caso del de Liliana Rivera Garza. Igualmente a nadie le importaba. Los asesinatos ocurrieron entre los años de 1993 y 1997. En los años noventa el lenguaje para nombrar el horror de un genocidio femenino era precario y casi inexistente.

La multiplicidad de personajes y rutas del horror van transformando la escritura de Bolaño desde lo paródico e irónico a lo descarnado y terrible. En “La parte de los crímenes” se presenta el cuerpo femenino como objeto de violencia y horror traspasado por habitar una ciudad fronteriza, Santa Teresa, que representa a Ciudad Juárez en México. Este es el lugar donde se sitúan los asesinatos sistemáticos de mujeres de manera terriblemente violenta, casi siempre después de violentarlas sexualmente, mutilarlas o quemarlas y, finalmente, arrojarlas a los basurales de la ciudad. Santa Teresa se muestra como una ciudad que representa el infierno para las mujeres. En 1993 se empezaron a contabilizar las muertes violentas de mujeres dentro de *2666* y desde varios documentos no ficticios. La pregunta es ¿por qué focalizar esta violencia en específico, una violencia

que parte de la sociedad patriarcal universal, en esta ciudad en este año en concreto? Nos situamos en Ciudad Juárez en 1993, en una época en que se negociaba el Acuerdo Comercial del Tratado de Libre Comercio de América del Norte⁹ entre México, Canadá y los Estados Unidos. La frontera se convirtió en un deshuesadero de mujeres alimentado por un capitalismo despiadado.

La década de 1990 abrió una serie de debates sobre el papel de la escritura en una época de cierre. La desacralización de verdades absolutas o esencias originales ha generado que se piense la escritura más allá de fronteras genéricas, límites de forma, vida del autor, etc. La dimensión política de las obras literarias ha tomado un impulso imprescindible, no desde lo panfletario, sino desde la necesidad radical de decir lo que ha estado relegado hacia otras esferas, a otros niveles simbólicos. La indecibilidad de la violencia que se ejerció a los cuerpos- otros en los campos de concentración y el silencio del pacto patriarcal del asesinato sistemático de mujeres se deben nombrar; primero, para generar una memoria histórica que no permita que se repita y luego, para que, de una forma u otra, los cuerpos femeninos o feminizados, dejen de ser visto como objetos de apropiación.

La problemática de los feminicidios no es, precisamente, contemporánea. Tampoco se inició en México en los noventa. La sensación de que es un problema actual responde a la ausencia de categorías para nombrar este tipo de violencia. La necesidad de ponerle nombre a la violencia y al horror ha llevado a los feminismos a crear estos conceptos para traspasar la limitación del lenguaje. Es una forma de poner en tensión las instituciones familiar, religiosa, social como fuerzas que responden a un sujeto “fundador” que, por esta condición, parece tener derecho de expropiación del espacio-cuerpo de los cuerpos femeninos y feminizados. Por eso, los feminicidios son crímenes que pertenecen, eminentemente, a la esfera privada que, además, está protegida por la ley, la moral y la justicia. Sin embargo, literatura como la de Bolaño y la de autoras contemporáneas, además de los debates feministas actuales, sacan estos crímenes de esa esfera para convertirlos en problemas públicos. Ya no nos situamos frente a crímenes particulares aunque casi siempre sean perpetrados dentro de la familia, por la pareja o en una situación de comercialización capitalista ya sea de trata o prostitución. Los violentadores no son monstruos; son humanos y, la mayoría de las veces, son hombres

⁹ Canadá y Estados Unidos mantenían el Tratado de Libre Comercio de América del Norte desde 1988. En 1990 iniciaron las negociaciones con México y en el año de 1992 se firmó el Acuerdo Comercial, mismo que entró en vigencia el 1 de enero de 1994.

que se sienten protegidos por su *hermandad masculina o mafiosa*, en categorías de Segato.¹⁰ Dicho también por Arendt, al referirse a Eichmann: “A pesar de los esfuerzos del fiscal, cualquiera podía darse cuenta de que aquel hombre no era un «monstruo», pero en realidad se hizo difícil no sospechar que fuera un payaso” (34).

Igualmente, los asesinatos de las mujeres se naturalizan por la cotidianidad que los rodea. De eso se vale Roberto Bolaño para construir la parte más intensa de *2666*. En el devenir de la historia, se nos hace creer que podría tratarse de un asesino serial. Sin embargo, termina con la misma naturalidad con la que inició, problematizando que este infierno solamente se está nombrando; pero existió y seguirá existiendo en un tiempo apocalíptico. Parte de la normalización de los feminicidios tiene que ver con las estadísticas que aplanan y transforman los asesinatos en números. Para Cristina Rivera Garza es fundamental mencionar a Ángel González Ramos, el asesino de Liliana Rivera Garza, a quien nunca apresaron. Para expresar lo inexpresable, Cristina recurre a las posesiones de Liliana guardadas en un armario como un archivo de su vida. Solo entonces se da cuenta que su hermana estuvo presa de un maltrato cotidiano por quien fue su primer novio.

Lo que distingue a la violencia doméstica, especialmente al homicidio de pareja, de cualquier otro tipo de crimen es el amor. [...] Ningún otro acto de violencia extrema se alimenta de una ideología tan diseminada como compartida. ¿Quién en su sano juicio estaría en contra del amor romántico? Los cientos de miles de mujeres asesinadas por sus parejas podrían responder a esa pregunta de múltiples formas inéditas. Pero, incluso ellas, necesitarían lo que necesitamos todos para poder contestar a esa pregunta básica: un lenguaje capaz de identificar factores de riesgo y momentos de sumo peligro. (Rivera Garza 2021, 51)

Las cientos de mujeres asesinadas por sus parejas a las que se refiere Rivera Garza serían las testigos integrales, como lo propone Levi, las que están imposibilitadas de hablar y conocen el verdadero horror; y las que sobrevivieron no saben cómo llamar a lo que acaban de sobrevivir. Rivera Garza encuentra en las palabras de las múltiples cartas que Liliana enviaba y recibía de sus amigas pistas, casi como una novela policial, de algún problema con Ángel González Ramos, “Hay una forma de querer que le choca, de la que huye y ante la que se resiste” (74). Sin embargo, no tiene un lenguaje para saber qué está

¹⁰ “Lo que denomino aquí “hermandad mafiosa”, como argumenté en mi ensayo ya citado sobre Ciudad Juárez, no incluye únicamente a los así llamados “narcos”, es decir, a sicarios o jóvenes marginales violentos de extracción pobre, sino a todo el-grupo de cofrades, muchos de ellos de las clases privilegiadas, que de alguna forma participan en las ganancias y ventajas de la variedad de crímenes de tráfico de influencias que se cometen en esa frontera”. (Segato 2008, 41)

sucediendo. “Inmóbrado, tal vez inóbrable, Liliana decidió no hablar, o no pudo hablar, o no tenía lenguaje para hablar de eso” (75). Ciertamente, Ángel, era un muchacho común y corriente, dice Rivera Garza “güero y anodino” (93). Le llevaba dos años a Liliana. La fisura entre ambos se da porque Liliana aprobó su examen de admisión en la Universidad Autónoma Metropolitana en México D.F., y él no. A pesar de las cartas con algunas frases de frustración y manipulación quedan los testimonios de los vecinos y compañeros universitarios de Liliana que, como un fantasma, recuerdan a Ángel llegar a su departamento en el D.F. También están los testimonios de amigos cercanos, Laura Rosales cuenta que dos veces Liliana llegó a la facultad, la primera vez cojeando y la segunda, con un brazo vendado. La respuesta a las preguntas fue: “Es que Ángel” (143). Igualmente, nadie se atreve a ahondar en los problemas de pareja porque todavía se mantienen en el terreno de lo privado, de lo sagrado. Otro testimonio dice que Ángel era muy celoso, absorbente, controlador y que cuando ella entró a la universidad se volvió más violento (161). Finalmente, la madrugada del 15 de julio de 1990, Ángel González Ramos mata a Liliana ahogándola, sofocándola. Acaba con su libertad. Si bien no existe una justificación racional para acabar con la vida de otra persona, Rivera Garza esboza la falta del lenguaje o también lo nombra el *lenguaje del amor*, es decir, de ese amor romántico que tanto daño ha causado a las mujeres. “Como el término feminicidio no existía en 1990, el caso había sido registrado como homicidio simple, y no como homicidio calificado, lo cual habría sido lo correcto tomando en cuenta la incidencia de la traición y relación personal de ambos” (120).

Hanna Arendt (2012, 15) se refiere a Eichmann como el *idealista*, un hombre que vivía para su idea. “Es decir, un hombre dispuesto a sacrificarlo todo, y a sacrificar a todos, por su idea”. En este sentido, se parece mucho a Ángel González Ramos, tenía la idea de que Liliana Rivera Garza era su propiedad y al momento que ella empezó a tomar decisiones individuales correspondientes a su libertad él acabó con su vida. La idea de la posesión del cuerpo femenino como territorio está tan arraigada dentro del sistema patriarcal que podríamos decir que casi no se la asocia con un crimen. Así mismo como la idea de la Solución Final para los nazis: “Según dijo Eichmann, el factor que más contribuyó a tranquilizar su conciencia fue el simple hecho de no hallar a nadie, absolutamente a nadie, que se mostrara contrario a la Solución Final” (Arendt 2012, 72). Esta construcción ideológica, a partir de la naturalización de la violencia sumada a la falta de lenguaje, crea un ambiente de una suerte de impunidad moral. Si bien está mal, todos lo hacen, entonces la conciencia queda lavada. Además, ningún hombre está exento de

cometer un crimen, sobre todo si en el inconsciente colectivo, de alguna u otra manera, está justificado; en el caso de los nazis, el exterminio de la diferencia en posesión de un territorio estado y, en el caso de los hombres, por posesión de un territorio cuerpo-feminizado.

Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales. [...] Esta normalidad resultaba mucho más terrorífica que todas las atrocidades juntas, por cuanto implicaba que este nuevo tipo de delincuente [...] comete sus delitos en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que realiza actos de maldad. (Arent 2012, 123)

En el capítulo “El recuerdo de los ultrajes” en la parte de “Los hundidos y los salvados” dentro de *Trilogía de Auschwitz*, Primo Levi pone en tensión como la obediencia, el nacionalismo, las jerarquías, pero también la propaganda, la cultura popular y el miedo fueron caldo de cultivo para que hombres comunes y corrientes se conviertan en atroces asesinos. “Höss que no era un hombre inteligente. Tal como aparece en su escrito, era un personaje tan poco propenso al autocontrol y a la introspección que no se daba cuenta de estar confirmando su burdo antisemitismo en el mismo momento que negaba y renegaba de él. Tampoco se daba cuenta de lo inconsistente que resultaba su autorretrato de buen funcionario, buen padre y buen marido” (Levi 2019, 491).

Para los hombres que habitan un régimen patriarcal, cuya hermandad en sociedad con los sistemas estatales, transitan las circunstancias a las que se refieren Arendt y Levi, la vergüenza y la culpabilidad se transfiere a las víctimas o sus familiares. Justamente la culpa y la vergüenza se quedan en el terreno de lo sagrado porque se transforma en un círculo: tengo vergüenza, no hablo sobre ello y si no hablo sobre ello, no hay categorías que lo saquen de la indecibilidad. Cristina Rivera Garza se pregunta ¿si Ángel pensó premeditadamente matar a Liliana o quería castigarla demostrando una señal de posesión? Más allá de la respuesta, está la muerte violenta de Liliana Rivera Garza por ser una mujer libre en un sistema que prefiere exonerar al asesino desde una moralidad de lo sagrado. Lo que pasa dentro de las relaciones amorosas de pareja se quedan dentro hasta que hay una muerte violenta y es la culpa es transferida a la víctima y a su familia.

Los sobrevivientes suelen culparse a sí mismos, a su negligencia o ceguera, con una dureza inaudita. No protegieron lo que más querían; no notaron lo que debió haber sido claro ante sus ojos; no detuvieron al depredador. El dolor que no se separa ni un milímetro de la culpa o la vergüenza, se atora antes de llegar propiamente al duelo, quedándose en un limbo informe donde las palabras pierden sentido y la conexión con los otros y con el

mundo se desvanece poco a poco. Las familias se fugan hacia adentro, escondiéndose hasta de sí mismas. (Rivera Garza 2021, 276)

Roberto Bolaño elige la posibilidad del lenguaje literario al trabajar con un narrador¹¹ que funciona como mediador del testimonio en la novela. Esta mediación responde al estilo indirecto libre. Las historias de los familiares de las víctimas responden a la frialdad del informe forense.

3. Eufemismo y metáfora: un posible lenguaje de la violencia

Es importante considerar y pensar alrededor de los eufemismos utilizados para minimizar o banalizar los horrores en los campos de concentración. Hanna Arendt (2012, 60-1), en *Eichmann y el holocausto*, hace un recuento de varios de estos eufemismos que se convirtieron en frase hechas, eslóganes o clichés y constituían todo el universo de pensamiento de las figuras que perpetraron los horrores del Holocausto. Por ejemplo, menciona que Eichmann se refería a “emigración forzosa” en lugar de expulsión de judíos, usaba la expresión «muerte sin dolor» en lugar de asesinato, y en lugar de campos de concentración, utilizaba “fundaciones caritativas del Estado”. El lenguaje que Eichmann empleó a lo largo de su juicio estuvo plagado de clichés, resultaba terriblemente difícil tomarlo en serio y minimizaba el horror de los hechos cometidos. Incluso en la cámara de ejecución, tuvo que mencionar su última “frase hecha”, olvidando que era su propio entierro y dejando la lección de la banalidad del mal desde su lenguaje “burocrático” ante el cual “las palabras y el pensamiento se sienten impotentes” (Arendt 2012, 107-8). Primo Levi también menciona eufemismos como «solución final», «tratamiento especial» o «unidad de emergencia» que servían para engañar a las víctimas y a la opinión pública, evitando que se llegara a saber con certeza qué estaba pasando en el Tercer Reich. “Toda la historia del breve ‘Reich Milenario’ puede ser releída como una guerra contra la memoria, una falsificación orwelliana de la memoria, una falsificación de la realidad, una negación de la realidad, hasta la huída definitiva de la misma realidad” (Levi 2019, 493).

¹¹ “Hay sin embargo un detalle que cambiaría todo. Se trata del narrador. Según se nos informa al final del libro entre las anotaciones de Bolaño referidas a 2666 se encuentra una que dice: ‘El narrador de 2666 es Arturo Belano’. Más adelante hay otra anotación que explicita concretamente que es ‘para el final de 2666’, y cuyo contenido es de una conmoción y fuerza que roza lo indecible: ‘Y eso es todo amigos. Todo lo he hecho, todo lo he vivido. Si tuviera fuerzas, me pondría a llorar. Se despide de ustedes, Arturo Belano’” (Zurita 2008).

El uso de eufemismos o clichés como “asesinato pasional” o “crímenes pasionales”, “tragedia familiar” o “desenlace fatal de una relación conflictiva” lleva a minimizar o naturalizar los cientos de feminicidios que ocurren diariamente en países de América Latina. Categorizar con mayor especificidad la violencia patriarcal es fundamental para el testimonio de las mujeres que quedan con vida o el de sus familiares. Por otro lado, en el prólogo de Antonio Muñoz Molina para *Trilogía de Auschwitz*, menciona la paradoja que resultó para Levi testimoniar, la doble angustia de sostener la mirada y al mismo tiempo no soportar el recuerdo. Si bien los testigos integrales no podrán contar la historia dentro de los *Lager*, él luchaba por hacer un esfuerzo máximo de rememoración y que la incompreensión no sea justificativo para volver sobre las atrocidades. “Él decía que escribió su testimonio sobre Auschitzwz tomando como modelo los informes semanales que hacía en la fábrica” (Levi 2019, 17). Su preocupación giró alrededor de encontrar el lenguaje más apegado a la realidad. Esto lo lleva a pensar en la metáfora de *El musulmán*. Los verdaderos testigos no sobrevivieron y los que lo hicieron no tocaron fondo. Solamente la declaración de los musulmanes habría sido integral; la narración es de un tercero, “Los hundidos, aunque hubiesen tenido papel y pluma no hubieran escrito su testimonio porque su verdadera muerte había empezado ya antes de la muerte corporal. Semanas y meses antes de extinguirse habían perdido ya el poder de observar, de recordar, de reflexionar y de expresarse. Nosotros hablamos por ellos, por delegación” (Levi 2019, 542).

Para Levi, el musulmán es el que ha tocado fondo y quien ha visto a la “Gorgona”. Agamben, en el apartado “El musulmán”, del libro *Lo que resta de Auschwitz* plantea que esta metáfora de Levi es fundamental para entender la paradoja del testimonio. La Gorgona es la representación de la no-cara; por lo tanto, es lo que no se puede ver, la imposibilidad y, sin embargo, inevitable, no puede ser eludida. Esta metáfora de Levi lleva a Agamben a determinar que la imposibilidad de ver y de conocer es para los no-hombres o musulmanes. “Esto y no otra cosa es el testimonio: que sea precisamente esta imposibilidad no humana la que llama e interpela lo humano, el apóstrofe del que el hombre no puede distraerse. La Gorgona y el que la ha visto, el musulmán y el que testimonia por él, son una única mirada, una sola imposibilidad de ver” (Levi 2019, 65-6-7).

En el capítulo final de *Lo que resta de Auschwitz* titulado “El archivo y el testimonio”, Agamben (2019, 204) menciona que “La palabra poética es aquella que se sitúa siempre en posición de resto y, de este modo puede testimoniar. Los poetas/los

testigos fundan la lengua como lo que resta, lo que sobrevive en acto a la posibilidad –o a la imposibilidad– de hablar”. Es decir, que la mediación o traducción del discurso literario encuentra en este resto la posibilidad de que el lenguaje de la violencia no esté separado de una realidad específica. Es fundamental buscar el lenguaje de la violencia. Para problematizar “el resto o lo que resta”, se puede pensar en lo que queda o ya no queda de las mujeres asesinadas. Las huellas que dejan en los distintos discursos testimoniales, lo que se salva del olvido aunque sea un resto. En la prensa, por ejemplo, son cifras. Para Cristina Rivera Garza, abrir el archivo de Liliana fue indagar en lo que queda aunque no quede mucho. En principio, fue a buscar el expediente del asesinato, el cual ya no existe. Luego fue la apertura de las siete cajas que quedaban con sus cosas en la parte superior del armario. Aquí, encontró muchas cartas que le permitieron armar una especie de rompecabezas del duelo. ¿Se puede pasar un duelo cuando el crimen quedó impune? Para Rivera Garza y sus padres, la arqueología dentro del archivo que permitió la escritura del libro *El invencible verano de Liliana* fue fundamental para poder volver a hablar de ella, pronunciar su nombre en una oración completa después de más de treinta años de su feminicidio. Además, de reconocer la falta de lenguaje para la violencia de género.

Son piezas de un rompecabezas muy complejo que nunca acabaré del armar del todo. Una sobre la otra, estas escrituras son capas de experiencia que se han sedimentado con el tiempo. Mi tarea, ahora, es des-sedimentarlas. Con el cuidado del arqueólogo que toca sin dañar, que desempolva sin quebrar, mi intención es abrir y preservar a la vez esta escritura: des y recontextualizarla en una lectura desde el presente. Ni Liliana, ni los que la quisimos, tuvimos a nuestra disposición un lenguaje que nos permitiera identificar las señales de peligro. Esa ceguera, que nunca fue voluntaria sino social, ha contribuido al asesinato de cientos de miles de mujeres en México y el mundo. (Rivera Garza 2021, 196)

Para Rivera Garza, el archivo de su hermana menor no solamente funciona como un dispositivo historiográfico, sino también como uno filosófico y afectivo en cuya reconstrucción conoce, reconstruye, concatena y realiza un trabajo de montaje, similar al de una detective privada. Más allá de la objetividad o la verdad sino desde lo emocional y lo visceral.

En el 2001, Vanesa Robles y Mario Mercury producen un podcast llamado *La cruz de Juárez*. Este inicia con el testimonio de Norma Andrade, madre de Alejandra, víctima de feminicidio a los 17 años, dejó a dos niños en la orfandad. Norma dice: Alejandra fue secuestrada el 14 de febrero de 2001 y encontrada sin vida el 21 de febrero del mismo año, transcurriendo exactamente una semana. Su cuerpo, arrastrado por una

máquina de trascabo mientras limpiaban el lugar donde la arrojaron, fue descubierto envuelto en una cobija. A pesar de que Alejandra había planeado una comida para celebrar el 14 de febrero, Norma, su madre, se preocupó al no regresar a casa. Llamó a la fábrica y descubrió que Alejandra salió a las 7:30 p. m. Al encontrarla, estaba desnuda de la cintura hacia abajo, y Norma pudo observar las marcas en sus manos y garganta, evidencia de la violación tumultuaria (Mercury Robles 2001). También se incluye el testimonio del subprocurador Elfego Bencomo, quien sostiene que las cifras y la cobertura de los asesinatos de mujeres han sido sobredimensionados y exagerados. Para los familiares que han perdido a sus hijas, sobrinas, nietas, hermanas y madres no es una exageración por lo que han desarrollado mecanismos para recordarlas. En la entrada del puente que conecta El Paso, Texas, con Ciudad Juárez, se erige una cruz que recuerda a las mujeres asesinadas, lleva un clavo por cada víctima y un pedazo de papel con el nombre y la fecha en la que hallaron el cuerpo de cada mujer asesinada. “Una cruz del recuerdo, una cruz que con cada nueva muerte recibe un nuevo clavo”. Esta metáfora visual representa la incansable lucha contra el olvido de los asesinatos impunes, evidenciando la ineficacia policial y estatal. A pesar de la carga de culpa y vergüenza presente en los lamentos y balbuceos de madres como Norma González, quienes reflexionan sobre las posibilidades que podrían haber evitado el asesinato de sus mujeres, los familiares encuentran en las cruces y en los clavos un potente lenguaje para la denuncia. Por el contrario, el lenguaje policial, estatal, judicial, capitalista es el del eufemismo.

Roberto Bolaño falleció en 2003 a sus cincuenta años. A pesar de su enfermedad, al borde de la muerte y aunque el lenguaje resultaba insuficiente, sintió la urgencia de armar una historia sobre los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez. En 1998, tras completar el manuscrito de *Los detectives salvajes*, inició la investigación sobre el caso del egipcio, Abdel Latif Sharif. Luego se acercó a Sergio González Rodríguez y comenzó la escritura de *Los sinsabores del verdadero policía*, en la cual ya aborda el tema con dos asesinatos. La obra completa de Bolaño parece acercarse hacia lo apocalíptico. Ante la esquiva naturaleza del lenguaje del testimonio surge la pregunta de cómo relatar los asesinatos de mujeres en la frontera mexicana. Cuando parece que todo ha sido dicho, ese lenguaje persiste. Bolaño decide metaforizar desde una “traducción conceptual”, en palabras de Graciela Speranza en *Atlas portátil de América Latina* (2012), del lenguaje forense con el catálogo de crímenes.

La palabra “catálogo” tiene sus raíces en el latín *catalogus*, que a su vez proviene del griego antiguo *katalogos*. En griego, *katalogos* estaba formado por *kata*, que significa “hacia abajo” o “de acuerdo con”, y “logos”, que significa “palabra” o “discurso”. En este contexto, *katalogos* se referían originalmente a un discurso o una lista que sigue un orden específico. En latín, *catalogus* mantuvo el significado de lista o registro, y con el tiempo, la palabra fue adoptada en varias lenguas europeas, incluyendo el español.

Graciela Speranza (2012, 122) sostiene que las listas, clasificaciones y enumeraciones en *2666* se presentan como una forma narrativa acabada, y en “La parte de los crímenes” ya aparecen como “el dispositivo narrativo más lacerante de la ficción contemporánea”. Para Bolaño, las listas están descentradas de las acciones. Las huellas o restos están determinadas por el nombre, la edad, el oficio, la causa de muerte, el lugar en donde las encontraron, la ropa que llevaban y otras marcas distintivas que resultan ser pistas falsas para determinar una serialidad o un patrón criminal. El catálogo de crímenes incluye los nombres completos de 73 de las 110 mujeres asesinadas. Las restantes, son osamentas o se encuentran en un estado de descomposición tal que imposibilita su identificación. El catálogo abarca información detallada sobre todas ellas, incluyendo el lugar donde fueron halladas, descripciones físicas y marcas identificatorias que el narrador detalla minuciosamente. Las otras 37 víctimas están reducidas a un puñado de huesos, una representación irreconocible e irreconciliable con lo que alguna vez fue un ser humano. Sin embargo, para Bolaño, esta representación es esencial, ya que destaca que el olvido es la clave que perpetúa la impunidad. La literatura de Bolaño es esa que devela la opacidad.

En el artículo de María Auxiliadora Balladares (2020, 163) “Las listas y la escritura del desastre en *Sanguínea* de Gabriela Ponce Padilla” menciona que “la lista es la que más evidentemente refleja la imposibilidad de la voz narrativa de instalarse en un lugar cómodo: con la elaboración de listas, de hecho, se suspende la narración y, por tanto, los efectos paliativos que esta pueda tener sobre la melancolía”. Esta afirmación se acerca más al catálogo de fobias que enumera la directora del psiquiátrico de Santa Teresa, Elvira Campos, a propósito de la sacrofobia de uno de los personajes. En este catálogo se mencionan alrededor de 30 tipos de fobias y su explicación; a pesar de ser un diálogo entre la directora y el policía judicial, Juan de Dios Martínez, estas páginas se presentan más bien líricas por la repetición del sufijo “fobia”. Sin embargo, en el catálogo de crímenes no hay una ausencia de narración porque va intercalado con otras historias que funcionan como mecanismos para bajar la tensión o tejer pistas falsas. Justamente en la

ruptura con la sacralidad de los restos, huellas o marcas que dejan estas mujeres se construye la riqueza de la narración de la parte de los crímenes. Son estos detalles de la ropa mal puesta o de otras tallas, las joyas, las marcas de calzado, la potencia y posibilidad de romper con el silencio tan necesario. A lo largo de “La parte de los crímenes” el catálogo de asesinatos arrastra todo a su paso; dice Speranza (2012, 109) que su estilo es “El ritmo acompasado de un lamento fúnebre y la nitidez de un atlas de criminología malsano”.

Primo Levi se aferra a la verdad, a lo fehaciente y a la verosimilitud de los hechos como cimientos de su testimonio. Sin embargo, existe una potencia en la palabra viva de los familiares que sobreviven a mujeres asesinadas. Estos familiares se convierten en traductores del dolor, del duelo, inventando mecanismos para no olvidarlas. Roberto Bolaño juega con las figuras del eufemismo cuando da voz a personajes como los policías, alcaldes, judiciales y demás figuras masculinas que permiten la impunidad de los crímenes en Santa Teresa/ Ciudad Juárez, y de la figura metafórica del catálogo para narrar la violencia a partir de detalles que representan las huellas de las mujeres asesinadas.

En el próximo capítulo, se entrelazarán las categorías de René Girard sobre “la violencia y lo sagrado” y el concepto del “chivo expiatorio” con las reflexiones de Selva Almada en su libro sobre tres feminicidios *Chicas muertas* (2015), además del estudio sobre cuerpos liminales y la performatividad de la búsqueda en *Cuerpos sin duelo* de Ileana Diéguez; seguido por una reflexión sobre la necesidad de una categorización de la violencia de género basada en las ideas de Rita Segato en el libro *La guerra contra las mujeres* (2020). Finalmente, se explorará la figura de la exhumación y la memoria como exhumación a partir de los ensayos sobre el descubrimiento de fosas comunes de víctimas del franquismo de

Esther López Barceló y de la metodología de lectura como exhumación de la crítica ecuatoriana, Karina Marín.

Capítulo segundo

La desacralización del lenguaje de la violencia

A esas calientabraguetas habría que enseñarles. Ellos también se fueron antes. Y la esperaron en un baldío, al lado de su casa. Sí o sí la muchacha debía pasar por allí. Ella se fue del baile con una amiga. Vivían a una cuadra de distancia una de la otra. La amiga se quedó primera, ella siguió, tranquila, el mismo camino que todas las noches del baile, en un pueblo donde nunca pasa nada. La interceptaron en la oscuridad, la golpearon, le entraron los dos, cada uno a su turno, varias veces. Y cuando hasta las vergas se asquearon, la siguieron violando con una botella.
(Selva Almada. *Chicas muertas*)

La causalidad del chivo expiatorio se impone con tal fuerza que la misma muerte no puede detenerla. Para no renunciar a la víctima en tanto causa, la resucita si es preciso, la inmortaliza, por lo menos durante un tiempo, inventa todo aquello que nosotros llamamos trascendente y sobrenatural.
(René Girard. *La violencia y lo sagrado*)

Este capítulo busca problematizar la categoría de violencia desde la perspectiva que René Girard le otorga en su estudio antropológico/literario sobre el deseo mimético. Esta dimensión de que toda violencia se perpetúa por la sacralización de las víctimas se puede comprender en “La parte de los crímenes” al ser el clímax del camino literario de la violencia transitado en la obra de Bolaño. Este apartado se puede leer a partir de las tres etapas de la violencia propuestas por René Girard en los libros *La violencia y lo Sagrado* y *El chivo expiatorio*. La primera etapa está determinada por la crisis de los pueblos. En este sentido el capítulo propone un tejido teórico con las categorías que Rita Segato construye en *La guerra contra las mujeres* sobre los crímenes de Estado y Segundo Estado, las muertes corporativas de mujeres en los Narcoestados y las hermandades viriles cimentadas a partir de la pertenencia que los hombres necesitan con sus pares. Todos estos conceptos se entrelazan en la frontera de Ciudad Juárez representada por Santa Teresa en 2666. Por otro lado, se explora la categoría de “chivo expiatorio” como la segunda etapa propuesta por Girard, en la que el pueblo selecciona una víctima sacrificial para mermar la crisis y al ser un conato colectivo nadie paga la

culpa. En el caso de *2666* las posibilidades de representación entre ficción y no-ficción se cruzan para captar dos clases de chivos expiatorios. En primer lugar, los cuerpos femeninos asesinados de forma violenta y en segundo lugar los extranjeros o personas empobrecidas que se presentan como culpables de los crímenes aunque estos sigan pasando. Para despejar esta problemática se relacionó el ensayo *Huesos en el desierto* (2009) de Sergio González Rodríguez, personaje de “La parte de los crímenes”, cuya investigación fue fundamental para la escritura de *2666*. Este tejido permite comprender el camino estético que presenta la escritura de Bolaño al sostener la mirada a un futuro apocalíptico narrando de lo que se compone el infierno para las mujeres y la violencia de género que, probablemente sea la más compleja de erradicar por su naturalización.

Además, se exploran las categorías de memoria y exhumación desde las perspectivas de Selva Almada en el libro de no-ficción *Chicas muertas* (2015) que narra tres feminicidios en el interior de Argentina en la década del ochenta. También se explora la categoría de “memoria como exhumación” en el libro *El arte de la memoria* (2024) de Esther López Barceló que es una aproximación personal y teórica sobre la exhumación de fosas comunes de víctimas del franquismo. A esto le sigue la indagación de los conceptos “communitas del dolor” acuñado por Ileana Diéguez en el libro *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor* (2013) para, finalmente, tejer con la metodología de lectura en *Cuerpos exhumados* (2022), propuesta de la crítica literaria ecuatoriana Karina Marín, como una nueva lectura de los clásicos desde una visión más encarnada en donde el lenguaje queda determinado a formar una imagen que se lee desde una propuesta más corporal que cognitiva.

Girard, Segato, Almada, Marín, Diéguez y Bolaño tejen un entramado que plantea un marco conceptual capaz de acompañar las nociones de exhumación por medio de la memoria como posible respuesta a la necesidad radical de construir categorías para la violencia de género. Además, se busca desacralizar el lenguaje de la violencia desde la exhumación de los cuerpos de mujeres asesinadas para que exista una posibilidad de duelo y se desdibuje la idea de sacralización.

1. Indiferenciación del deseo mimético o la función social del sacrificio

En el apartado “Preliminar. Autorretrato” del libro *Entre paréntesis* (2004), Roberto Bolaño enumera sus novelas y señala que *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* (1984) trata sobre la violencia, *La pista de hielo* aborda la belleza,

La literatura nazi en América reflexiona sobre la miseria y la soberanía de la práctica literaria, *Estrella distante* se centra en el mal absoluto, *Los detectives salvajes* cuenta una aventura inesperada y en *Amuleto* (1999), da voz a una uruguaya con vocación de griega. ¿Cómo describiría Bolaño a 2666? Una hipótesis es que en esa novela se tejen todos los motivos de sus otras obras, y la violencia permea intensamente, especialmente cuando se acerca a “La parte de los crímenes”, donde se manifiesta una violencia total.

Por ejemplo, “La parte de los críticos” ofrece un recorrido irónico de humor ácido y negro sobre la miseria y soberanía de la práctica literaria. Si bien contiene algunos episodios de violencia que constituyen también las partes climáticas de la narración, como el episodio en que Espinoza y Pelletier atacan a un taxista paquistaní que a su vez atacó a Liz Norton, la intensidad de la violencia se exagera al llegar a México en busca de Archimboldi. Surgen varias peleas entre porteros y taxistas, y los críticos también se ven imbuidos en esa violencia; sin embargo, ya no la exteriorizan. En “La parte de Amalfitano”, la violencia se aborda desde dos perspectivas: la primera es la locura en un mundo racional, cartesiano; y la segunda, a través de las reflexiones de Amalfitano a partir de la lectura de libros sobre los genocidios mapuche, la dictadura y las mujeres asesinadas en Santa Teresa. Así, se evidencia una violencia interna e individual representada tanto por su esposa, Lola, como por él mismo. La hostilidad que el sistema manifiesta hacia las personas consideradas al margen de la razón occidental se manifiesta con el encierro: con el pintor encerrado en un manicomio en Suiza y con el poeta recluido en uno de Mondragón, mientras Lola contrae VIH, lo que representa otra forma de marginación. Amalfitano, que comienza a escuchar voces en su cabeza y teme estar cruzando la línea de la cordura, inicia una búsqueda de explicaciones racionales para lo que le estaba pasando. Al principio, recurre a la telepatía como herencia mapuche o araucana. Entonces, inicia una reflexión sobre las culturas originarias y la violencia colectiva manifestada en la colonización. Casi al final del capítulo, Amalfitano medita sobre la herencia de la violencia colonial, la dictadura de Pinochet y el genocidio de las mujeres en Santa Teresa, cosa que le preocupa particularmente porque su hija Rosa podría estar en peligro.

En “La parte de Fate”, la violencia se enmarca en la historia del racismo afroamericano. Antes de viajar a Santa Teresa, se encuentra con Barry Seaman, fundador del partido político “Panteras negras”. Van juntos a una conferencia dictada por Seaman, donde testimonia su historia como fundador del partido comunista en Estados Unidos junto a Marius Newell, habla sobre su experiencia en la cárcel, su lucha contra el tráfico

de drogas y cómo vieron extinguirse el partido mientras ellos cumplían largas condenas. Otra crónica escrita por Fate trata sobre Antonio Ulises Jones, otro miembro del partido y uno de los pocos afroamericanos que eran parte de él. Jones le cuenta cómo los miembros fueron desertando y a finales de los años ochenta sólo quedaban cuatro comunistas en todo el país. También menciona que el himno “La Internacional” fue creado para los negros: “Arriba los pobres del mundo, arriba los esclavos sin pan” (Bolaño 2012, 330). La escalada de violencia de esta sección se produce cuando Fate viaja por casualidad a Santa Teresa para cubrir una pelea de boxeo, donde conoce a dos periodistas mexicanos, Chucho Flores y Guadalupe Roncal, quienes le comentan sobre los asesinatos de mujeres en la ciudad y sus hipótesis. Acompaña a Roncal a la cárcel para conocer al presunto asesino en serie de mujeres. Después de este episodio en el que no se aclara nada si no se presentan otros presuntos asesinos, se produce una escena particularmente violenta en la que se ven involucrados, además de Fate, Chucho Flores, Rosa Amalfitano y el cineasta Charly Cruz. En la casa de este último, se baraja la posibilidad de que algunas de las mujeres asesinadas hayan participado en la producción de películas snuff.¹² Charly reproduce una de estas películas mientras Chucho, amante ocasional de Rosa, intenta forzarla sexualmente. Fate interviene y la saca de ahí, a pesar de que los acompañantes estaban armados y los persiguieron. Posteriormente, van a la casa de Rosa y su padre, Amalfitano, decide enviarla con Fate a los Estados Unidos para que desde allí regrese a Barcelona. El padre sabe que Santa Teresa es un cementerio de mujeres y prefiere separarse de Rosa por primera vez que exponerla a ese riesgo.

El Siglo XX es el escenario de “La parte de Archimboldi”. El personaje Hans Reiter es hijo de un soldado que participó en la Primera Guerra Mundial y quedó cojo, además él mismo en su juventud, formó parte de los soldados de la Segunda Guerra Mundial. En este apartado, la guerra se narra desde una perspectiva marginal. Si bien el soldado Reiter muestra un heroísmo que va más allá de los estándares convencionales, su decisión de retirarse temprano para dedicar su vida a la escritura es revolucionaria. En medio de la violencia armamentística, se presenta la historia de Sammer, quien relata con

¹² Pablo Tasso escribe un artículo para el suplemento *Página 12* titulado “El infierno del cine snuff queda en Ciudad Juárez”, intenta despejar algunas hipótesis sobre los asesinatos, dice: “fue Guillaume Apollinaire quien escribió, a principios del siglo XX, la exégesis estética del cine snuff. El bello film es un cuento en el que jóvenes cineastas matan para filmar (muy al estilo de lo que ochenta años después se vería en “Tesis” del español Alejandro Amenábar). En el relato, Apollinaire justifica en los cineastas el afán profesional, porque la muerte real era “lo único” que les faltaba filmar. Es notable que allí aparezcan esos detalles que caracterizan el imaginario del snuff: la frialdad frente a la muerte, el enmascarado que asesina y la cámara fija que trata de no denunciar la presencia de cómplices (2000).

lujo de detalles y en clave doméstica toda la cadena de horrores del exterminio de los judíos. La voz de Sammer bien podría ser la de Eichmann en algunos de sus testimonios; “solamente recibía órdenes”, “era un buen administrador” y “otros en mi lugar habrían sido más desalmados”. Utiliza todos aquellos eufemismos que los hombres comunes emplean para justificar las atrocidades que cometieron. Finalmente, el cuerpo de Sammer fue encontrado con signos de estrangulamiento, y Reiter viaja a Colonia después de ser liberado del campo de prisioneros. Así empieza el camino del escritor Benno von Archimboldi.

Estas cuatro partes se componen en gran medida de digresiones y narraciones de sueños y pesadillas. Sin embargo, en “La parte de los crímenes”, la pesadilla se vuelve real; es la manifestación más brutal de la violencia de género. Esta se erige como el epicentro de la violencia. El poeta y escritor Raúl Zurita (2008), compatriota de Bolaño, en una intensa crítica a *2666*, menciona que las cuatro partes presentadas anteriormente podrían resultar prescindibles, pero “La parte de los crímenes” es una de las narraciones fundamentales en la literatura contemporánea.

Pero hablaba al comienzo de esas 350 páginas que no sobraron, más aún, que son la gran justificación del libro. Está claro que me refiero a “La parte de los crímenes”. De partida ese capítulo contiene la imagen más poderosa, demoledora y lúcida, que un escritor de los últimos tiempos ha entregado de un país: Chile. Chile es un basural al que se le arrojan cuerpos mutilados de mujeres asesinadas. Es el basural El Chile. Como se sabe, en ese capítulo 2666 nos relata los asesinatos masivos de mujeres en la ciudad de Santa Teresa (Ciudad Juárez en el non fiction). La rigurosa descripción forense, pormenorizada en todos sus detalles, de las condiciones en que son hallados cada uno de los cuerpos, de sus cercenamientos, laceraciones y desgarros, y su obsesionada reiteración, su omnipresencia, le otorgan a este relato una fuerza y contundencia que lo colocan en el límite de las posibilidades del género narrativo en la economía actual.

Entre todos los motivos que Bolaño presenta en su “Prefacio. Autorretrato”, la violencia es el hilo conductor que recorre tanto su primera como su última obra. *2666* traza un recorrido casi histórico por las diversas manifestaciones de la violencia en las Américas y Europa del Siglo XX. Desde la colonización en los países del sur y la esclavitud en los países del norte, hasta las dos Guerras Mundiales, la novela reflexiona sobre la violencia apocalíptica del siglo XXI y la persistencia de la violencia de género, que está dispersa por todos los rincones del mundo sin vislumbrarse su fin.

Walter Benjamin y René Girard, dos pensadores inclasificables, se destacan principalmente por haber explorado ideas más allá de las lógicas racionales occidentales. En el ensayo “Para una crítica de la violencia” dentro del libro *Conceptos de filosofía de*

la historia (2007), Benjamin distingue la violencia natural de la violencia jurídica. Por un lado, los naturalistas piensan que hay una justicia aplicable a todos los seres humanos y que se da de forma natural; y por otro, los del derecho positivo piensan que la justicia y las leyes son inherentes al ser humano.

La función de la violencia en la fundación jurídica es, en efecto, doble en el sentido de que la fundación jurídica, si bien persigue lo que es instaurado como derecho, como fin con la violencia como medio, sin embargo, el derecho, una vez establecido, no depone en modo alguno la violencia, sino que sólo ahora hace de ella en sentido estricto, es decir, inmediatamente violencia fundadora de derecho [...] Justicia es el principio de toda instauración divina de fines; poder, el principio de toda instauración mítica de derecho. (Benjamin 2007, 132)

La violencia se supone un medio que, dados “fines justos”, se presenta como un “medio legítimo”. Esta afirmación problematiza la justificación de la violencia para lograr la fundación de un derecho, aunque se oponga a las leyes de los Estados y también para su preservación. En ese sentido, tenemos los conceptos de “violencia mítica” y “violencia divina”; la mítica es fundadora de un derecho y la divina es la revolucionaria porque aún no está determinada por la historia y porque supone un sacrificio que está por encima de cualquier ley. “Pero es reprobable toda violencia mítica, que funda el derecho y que se puede llamar dominante. Y reprobable también es la violencia que conserva el derecho, la violencia administrada que le sirve. La violencia divina, que es enseña y sello, nunca instrumento de sacra ejecución, podría llamarse la reinante” (Benjamin 2007, 138). En este sentido, esta crítica que hace Benjamin sobre la violencia se presenta como complemento de la idea de Girard sobre la sacralización de la violencia como fundadora de todas las relaciones gregarias de los seres humanos.

René Girard, filósofo, antropólogo y crítico literario, publicó en 1961 *Mentira romántica y verdad novelesca*, en el que sostiene que la literatura produce verdades y son los escritores literarios quienes comprenden más sobre la naturaleza humana que los propios antropólogos y científicos sociales. Esta controvertida afirmación la sostiene con el análisis de mitos de varias culturas, de la obra de Shakespeare, Dostoievski y otros autores en los cuales ha buscado el rastro de la violencia humana y una de las respuestas es el deseo. Girard reconoce que tanto humanos como animales somos seres miméticos, sin embargo, en el mimetismo animal la violencia tiene límites impuestos por la fuerza, la jerarquía y, sobre todo, porque no conocen el deseo de venganza. Para el mimetismo humano la explicación radica en la tesis fundamental de todo su pensamiento que se fundamenta en el concepto del “deseo mimético”. En su obra *La violencia y lo sagrado*,

Girard explora la problematización entre lo deseado y lo deseable al plantear que el deseo no sigue una línea recta donde hay un sujeto deseante y un objeto del deseo, sino que el deseo adopta la forma de un triángulo en el que existe un sujeto deseante, un objeto del deseo y un mediador del deseo. En consecuencia, toda relación de deseo se presenta como una triada, que a su vez, se transforma en una espiral a medida que las posiciones del triángulo se intercambian, generando así lo que Girard denomina “violencia mimética”. La violencia, al ser contagiosa, se propaga debido a nuestra naturaleza mimética, y el mediador del deseo actúa como el vector transmisor de esta violencia, dando lugar a un ciclo infinito.

Dos deseos que convergen sobre el mismo objeto se obstaculizan mutuamente. Cualquier *mimesis* referida al deseo desemboca automáticamente en el conflicto. Los hombres son siempre parcialmente ciegos a esta causa de rivalidad. Lo *mismo*, lo *semejante*, evoca una idea de armonía en las relaciones humanas: tenemos los mismos gustos, nos gustan las mismas cosas, estamos hechos para entendernos. ¿Qué ocurrirá si tenemos realmente los *mismos deseos*? Sólo unos pocos grandes escritores se han interesado en este tipo de rivalidad. En el propio Freud, este orden de hechos sólo entra, a fin de cuentas, de manera indirecta e incompleta. (Girard 2016,158)

Si la espiral de la violencia es infinita, ¿cómo ponerle fin a este ciclo? Girard sostiene que el ser humano es el único animal que inventó lo sagrado y el sacrificio es su primer signo. Lo sagrado genera miedo y admiración; además, sacrificar es crear algo sagrado. En este sentido, hay tres momentos del sacrificio: primero, la indiferenciación del deseo mimético; segundo, la violencia de todos contra uno; y en tercer lugar, la divinización de la víctima. Esta es la fórmula de la creación de víctimas sacrificiales que se convierten en figuras sagradas.

Lo sagrado es todo aquello que domina al hombre con tanta mayor facilidad cuanto que el hombre se cree capaz de dominarlo. Es, pues, entre otras cosas pero de manera secundaria, las tempestades, los incendios forestales, las epidemias que diezman una población. Pero, también es, y, fundamentalmente, aunque de manera solapada, la violencia de los propios hombres, la violencia planteada como externa al hombre y confundida, a partir de entonces, con todas las demás fuerzas que pesan sobre el hombre desde fuera. La violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado. (Girard 2016, 41)

Tanto Benjamin como Girard piensan la violencia desde lo que se sacrifica, y sacrificar es crear algo sagrado. El sacrificio es el primer signo de lo sagrado y permite restablecer las diferencias entre las culturas. En el caso de “La parte de los crímenes”, las víctimas sacrificiales son las mujeres. Si bien Benjamin es un pensador mesiánico, Rita Segato en el libro *La guerra contra las mujeres* reflexiona que el patriarcado es la

estructura fundacional de la violencia porque es el pilar, cimiento y pedagogía de todo poder (16) y de todo deseo diría Girard, que ya en su libro *Clausewitz en los extremos* (2010), se presenta apocalíptico porque se hace explícito el pensamiento de que en el nuevo siglo ya no hay mecanismos que puedan bloquear la violencia humana y se cumple la profecía bolaniana; estamos camino al apocalipsis.

Ciudad Juárez es el ejemplo emblemático para revisar la teoría del sacrificio propuesta por Girard, traída al presente por Rita Laura Segato; todo esto, aunado al proceso de ininteligibilidad del lenguaje de la violencia revisado en el primer capítulo. En el ensayo “La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez”, Segato menciona que el primer problema que presentan los crímenes en esta ciudad es el de la ininteligibilidad, en el que se refugian tanto los asesinos como las instituciones (34). Esta problemática también la recoge Selva Almada en el libro *Chicas muertas*, en el que hace una exploración sobre tres feminicidios en pueblos de la ruralidad argentina. Almada investiga, como una forma de desenterrar o de exhumar cadáveres, los asesinatos de tres mujeres en la década de los ochenta. En 1983 muere María Luisa Quevedo de 15 años; en 1986, Andrea Danne, de 19 años; y en 1988, Sarita Murín de 20 años. Las tres fueron asesinadas por hombres que las rodeaban; otra coincidencia es que ninguno de los tres casos fue esclarecido y se cerraron en total impunidad. Almada dice que en esos años todavía se desconocía la palabra feminicidio, así como nadie hablaba de la posibilidad de que sean los hombres cercanos quienes puedan transformarse en violentadores. “Nunca nos dijeron que podía violarte tu marido, tu papá, tu hermano, tu primo, tu vecino, tu abuelo, tu maestro. Un varón en el que depositaras toda tu confianza” (55).

Como mencionamos anteriormente, la primera etapa del sacrificio se refiere a la indiferenciación. La víctima sacrificial debió haber violado las reglas de la diferencia, esto significa que ha traspasado las fronteras estructurales que las culturas necesitan para vivir; de alguna manera debió haber roto la diferencia y, por otro lado, los victimarios deben ser indiferenciados. En el caso de 2666, las víctimas representan un fenotipo específico, es decir, son obreras, trabajadoras de las maquiladoras. Y los victimarios son todos los hombres que, de alguna u otra manera, deben probar y mantener su estatus de masculinidad frente a sus pares.

Aquí, el agresor se dirige a sus pares, y lo hace de varias formas: les solicita ingreso en su sociedad y, desde esta perspectiva, la mujer violada se comporta como una víctima sacrificial inmolada en un ritual iniciático; compite con ellos, mostrando que merece, por su agresividad y poder de muerte, ocupar un lugar en la hermandad viril y hasta adquirir

una posición destacada en un patria que solo reconoce un lenguaje jerárquico y una organización piramidal. (Segato 2020, 40)

¿Qué pasa en Ciudad Juárez? No solo es un catálogo de crímenes, sino un catálogo de abusos, de violencia doméstica, patriarcal y neoliberal. En Juárez, todas las regulaciones sociales contractualistas están puestas en entredicho. Por eso, este análisis parte del modelo girardiano. La violencia mimética es mucho más brutal en un narcoestado. Los códigos en una estructura mafiosa llegan a ser ciclos de violencia sin fin; sin embargo, los grupos criminales han tomado conciencia de que mientras haya un clima de violencia extrema, es imposible producir dinero; por eso es necesario transferir esta violencia a las víctimas sacrificiales. Otro factor que contribuye a la proliferación de la violencia es la ubicación fronteriza y de punto de contacto. “Se trata, justamente, de la relación entre las muertes, los ilícitos resultantes del neoliberalismo feroz que se globalizó en las márgenes de la gran frontera después del NAFTA y la acumulación desregulada que se concentró en las manos de algunas familias de Ciudad Juárez” (Segato 2020, 35). Además, la migración interna, la producción y exportación de narcóticos junto con el lavado de dinero son el caldo de cultivo de la violencia que se descarga en los cuerpos femeninos.

Las guerras de los estados gobernados por el poder del tráfico de drogas y sus acciones derivadas necesitan violencia, pero también una suerte de paz. Mientras no se derrame sangre innecesaria, los negocios son prósperos para todos; el problema deviene cuando la sangre se hace visible, es decir, se crea una atmósfera de guerra. De ahí que, lo que une a los victimarios es el odio común contra las mujeres. Esta aversión intensa se alimenta desde la idea arcaica de que la conquista también se determina por el territorio femenino. Los cuerpos de las mujeres han representado, a lo largo de la historia, un botín de guerra más. Cómo reflexionan tanto Girard como Segato desde la lectura de mitos, los cuerpos de las mujeres son metáforas de la sangre derramada, desde la idea de que la mujer es el animal que sangra. “Cualquier sangre derramada al margen de los sacrificios rituales, en un accidente por ejemplo en un acto de violencia, es impura” (Girard 2016, 44). Dicha sangre podría ser el símbolo de buscar venganza, y ese derramamiento de sangre, que está dentro del ritual del sacrificio, asusta y en el caso del narcoestado provoca guerras innecesarias que acaban con la prosperidad de sus “negocios”. De ahí la necesidad de buscar en el sacrificio de cuerpos femeninos las víctimas de recambio de la violencia, porque están vinculadas con la violencia sexual. “Decimos que la impureza de la sangre

menstrual tiene una relación directa con la sexualidad. Es muy cierto, pero todavía es más directa la relación con la violencia indiferenciada. La sangre de un hombre asesinado es impura.” (Girard 2016, 45). En Ciudad Juárez, los crímenes de género son públicos, es decir, que ya no pertenecen solamente a la esfera privada, y además son los productores de impunidad necesarios para la indiferenciación de los victimarios. “El ritual sacrificial, violento y macabro, une a los miembros de la mafia y vuelve su vínculo inviolable. La víctima sacrificial, parte de un territorio dominado, es forzada a entregar el tributo de su cuerpo a la cohesión y vitalidad del grupo y la mancha de su sangre define la esotérica pertenencia al mismo por parte de sus asesinos.” (Segato 2020, 43) También hay un símbolo entre el sexo y la violencia, porque violar las reglas fundamentales en las culturas es causal para convertirse en víctimas sacrificiales. En el caso de Juárez, hay un pacto de sangre en la sangre de las mujeres asesinadas.

En *Chicas muertas*, Almada desentierra la historia de Andrea Danne, una mujer de diecinueve años, estudiante de un profesorado de psicología, que fue asesinada mientras dormía en su cama, en su casa, de una puñalada en el corazón. Danne vivía en el pueblo de San José, un lugar industrial. “Hay algo de ritual en la manera en que fue asesinada: una sola puñalada en el corazón, mientras estaba dormida. Como si su propia cama fuera la piedra de los sacrificios” (Almada 2015, 65). Este acontecimiento ocurrió en la década de los ochenta en Argentina, es decir, que los cuerpos femeninos se presentan como sacrificios en cualquier lugar del mundo, sin embargo, en Ciudad Juárez ya se transforman en “muertes corporativas” como lo manifiesta Segato: “Si el acto violento es entendido como mensaje y los crímenes se perciben orquestados en claro estilo responsorial, nos encontramos con una escena donde los actos de violencia se comportan como una lengua (Segato 2020, 45). La violencia hacia las mujeres en Ciudad Juárez es un lenguaje constituido, basado en valorizar la ganancia y reforzado cotidianamente por las características que le otorgan a este lugar ser una zona franca para asesinar víctimas que no permitan que la venganza derrame sangre que lleve a la improductividad del “Segundo Estado” (Segato 2020, 48).

¿Si la violencia es el lenguaje, entonces cómo se lo usa? En la narrativa de Bolaño las mujeres son oráculos del futuro apocalíptico. Cesárea Tinajero ya vaticina las fábricas de la frontera en el año 2600 (Bolaño 2012, 596) y Auxilio Lacouture de *Amuleto* ya habla de 2666, ella sabe que será un cementerio de mujeres. Además está la forma del expediente forense. Los asesinatos 80 y 81 del catálogo de crímenes se presentan como asesinatos rituales. Dos hermanas de madre, Estefanía Rivas de quince años y Herminia

Noriega de trece años. Su madre trabajaba en una maquila como operaria. Después de varios días de búsquedas infructuosas y de que los policías de Santa Teresa se sintieran atrapados en un bucle infinito de asesinatos que no pueden ser resueltos, reciben una llamada para denunciar disparos en una casa de la calle García Herrero de la Colonia El cerezal. “Según el forense, Estefanía fue asesinada de dos balazos en la nuca. Antes había sido golpeada y se apreciaban señales de estrangulamiento. Pero no murió estrangulada, dijo el forense. Jugaron con ella a estrangularla. En los tobillos eran visibles las señales de abrasión. Diría que la colgaron de los pies” (Bolaño 2012, 660-5). ¿Qué pudieron haber hecho dos niñas para morir con tanta saña? La hermana menor también fue encontrada con un balazo en la nuca, pero antes de morir sufrió al menos cuatro infartos mientras la violaban por ambos conductos (667). A la hermana mayor también la violaron. Ambos asesinatos fueron atribuidos a Javier Ramos, un nombre inventado por el presidente municipal, el rector de la universidad y un narcotraficante de la zona cuyos hijos eran conocidos por hacer lo que querían sin recibir castigo alguno.

Selva Almada (2015, 69-0), también encuentra en el lenguaje forense un aliado para narrar la violencia. En el caso de Andrea Danne recurre al expediente;

Sobre una cama de madera de 1.90 cm. de largo por 90 cm. de ancho y 50 cm. de alto, la cual está ubicada sobre la pared del lado oeste de la pieza, con la cabecera para el lado de la pared del lado sur y contra ambas paredes, se encuentra el cuerpo de la señorita María Andrea Danne, en posición de boca arriba, con la cara ligeramente inclinada hacia la derecha, reposando sobre la almohada, con mucha sangre sobre su pecho sábana, colchón, parte de la cama, es decir el resorte del lado derecho de la cama, la misma se encuentra sin vida, tapada hasta la cintura con una sábana y un acolchado, con ambas manos sobre el vientre, estando vestida con una musculosa color rojo, manchada con su sangre y una bikini.

Ambas descripciones tienen algo de ritual, de sacrificial. También confluyen en que estos crímenes, tanto reales como ficcionados, quedaron impunes y eso se debe a que todos y al mismo tiempo nadie es responsable por ellos. La culpa recae sobre las víctimas, la vergüenza sobre los familiares de las víctimas. Esta indiferenciación está determinada porque la colectividad, de una u otra manera, se ve beneficiada por una sensación de prosperidad que otorga este estado “paralelo”. Para Rita Segato (2020, 51), este lugar no puede ser desmantelado, desenmascarado porque “carecemos de categorías y procedimientos jurídicos eficientes para enfrentarlo. Es por eso que sería necesario crear nuevas categorías jurídicas para encuadrarlos y tornarlos jurídicamente inteligibles, clasificables: no son crímenes comunes [...] son crímenes que podrían ser llamados de Segundo Estado”.

2. Violencia de todos contra uno

¿Se ha logrado la representación uno a uno de la realidad en la literatura? Esta fue una de las preocupaciones de Bolaño. La imposibilidad del lenguaje para representar la realidad de manera exacta lo llevó a desarrollar varias características propias, como los laberintos autobiográficos o las digresiones desmesuradas. También se destaca el carácter testimonial y el viaje por el desierto. Pero, sobre todo, la expropiación de la frontera, ese agujero negro que representa a Ciudad Juárez/Santa Teresa. Una obsesión bolañesca es la necesidad de construir novelas como imágenes del mundo. La mezcla del discurso digresivo con descripciones líricas y la polifonía de voces aunadas al estilo acumulativo, generan un estilo hipnótico. En *2666* el eje central es la violencia y en “La parte de los crímenes”, particularmente, la violencia hacia las mujeres.

Abordar la paradoja del lenguaje de la violencia está relacionado con el tema de civilización y barbarie, que ha sido uno de los motivos fundamentales de la literatura en la segunda mitad del siglo XX. La cuestión es con qué recursos. Borges, uno de los padres literarios de Bolaño, encontró en la trama policiaca uno de los recursos para contar historias relacionadas con lo más oscuro de la naturaleza humana. Ricardo Piglia en el apartado “Sobre el género policial” del libro *Crítica y ficción* (2014) hace una distinción entre la novela policial y la novela negra. Toma el ejemplo del cuento “La muerte y la brújula” para determinar que los recursos del policiaco clásico se afirman en la inteligencia racional pura, en el cuento de Borges llegan a su punto más alto y se desintegran. Por otro lado, está la novela negra en la que “no parece haber otro criterio de verdad que la experiencia: el investigador se lanza, ciegamente, al encuentro de los hechos, se deja llevar por los acontecimientos y su investigación produce fatalmente nuevos crímenes” [...] El enigma no se resuelve, pero justamente este juego literario no se trata de descubrir al asesino sino se trata de la pesquisa paranoica que por medio de la ironía y el humor negro crea confusiones” (Piglia 2012, 54-7). Esta distinción que hace Piglia entre el género policiaco y la novela negra la profundiza Manuel Vázquez Montalbán (1995, 7), quien junto a los escritores Leonardo Padura y Paco Ignacio Taibo II, piensan la novela negra con la categoría de “neopolicial”. Esta nueva forma toma elementos de la novela negra norteamericana de los años 20 y 30, su característica principal es que “el enigma no es más que un pretexto para arrastrar al lector, es una técnica de mantener la tensión y por eso hay enigma en toda literatura [...] cada vez tiene

menor importancia saber quién ha matado a quién, sino cómo, por qué y para qué se mata a alguien”.¹³

En “La parte de los crímenes” hay varios arquetipos de detectives desde la perspectiva neopolicial, es decir, fracasados. Por ejemplo, Epifanio Galindo, ayudante del jefe de policía, es agudo aunque se desinteresa con facilidad, a veces parece que tiene pistas, pero finalmente se deja arrastrar por el sistema de impunidad. También está el judicial Juan de Dios Martínez, “que tenía fama de eficiente y discreto” (Bolaño 2012, 454). Aparece Lalo Cura, personaje entrañable que transita por el cuento homónimo en el libro *Putas asesinas* y en *Los sinsabores del verdadero policía*. Lalo, cuyo nombre completo es Olegario Cura Expósito, es el único hombre de una larga estirpe de mujeres violadas. Fue reclutado por el jefe de policía, Pedro Negrete, para ser el guardaespaldas de un conocido narcotraficante de la región. Las relaciones entre las fuerzas policiales y el narcoestado son estrechas en la ficción y la realidad. Negrete toma conciencia que Cura es inteligente, observador y tiene muchas características de un detective clásico, por eso, lo mete a la fuerza policial. Para 1994 varios personajes detectivescos, incluido Harry Magaña, un arquetipo de cazarrecompensas norteamericano, estaban interesados en los asesinatos masivos, sin embargo, ninguno puede resolverlos.

Aunque la realidad se representa de forma limitada y parcial, Bolaño se preocupó por construir un mundo de ficción en el cual el detective sea el lector, es decir, el que llene esos intersticios de la representación. En este sentido, también se construyeron personajes desde los guiños intertextuales. Por ejemplo, Sergio González, periodista mexicano, autor de la crónica *Huesos en el desierto* que aparece como personaje en *2666*. Esta crónica es uno de los documentos que Bolaño consultó para ingresar al mundo de los crímenes de mujeres en Ciudad Juárez en el estado de Chihuahua, en la frontera de México con Estados Unidos. *Huesos en el desierto* es una investigación exhaustiva de los brutales asesinatos en serie cometidos en esta zona y repetidos año tras año. Incluye niñas violadas y torturadas, cuyos cadáveres son arrojados al desierto o a los basurales. Además es una trama de complicidades y silencios entre homicidas, policías, autoridades locales, ciudadanos prominentes y el gobierno al más alto nivel. Esta crónica es una denuncia de una realidad escalofriante y es la versión de no-ficción, el negativo de *2666*. Por otro lado

¹³ En el invierno de 1995, Paco Ignacio Taibo II como director general y Leonardo Padura como coordinador editorial, junto a la Asociación Internacional de Escritores Policiacos reconocieron la necesidad de hablar de los géneros policiaco, novela negra, novela crónica, neopolicial y gestaron la primera revista del neopolicial iberoamericano llamada, *Crimen y Castigo*. Fue la primera y la última edición.

el libro, *Roberto Bolaño. Estrella cercana* (2012) recoge varios ensayos sobre su obra. En varios se destaca la figura de Sergio González Rodríguez (2012, 27), por ejemplo, “Hacia Bolaño. Una introducción” escrito por José Manuel López, señala que los artículos y crónicas del libro de González contienen ese profundo saber criminológico que luego Bolaño tomará también como recurso, este conjunto de textos que configuran el libro de no-ficción de González “fungen como materia prima para la elaboración de 2666”.

En la novela, Sergio González llega desde el D.F a cubrir una crónica sobre El penitente, un hombre que profanaba iglesias orinando a los santos. Sin embargo, descubre el misterio de la muerte sistemática de mujeres como si la ciudad se tratase de un cementerio. Es después de un diálogo intenso con una prostituta que toma conciencia que las mujeres a las que asesinan no son prostitutas, como si este oficio le restara valor a los homicidios, son obreras de las maquilas fronterizas. Milagros Ezquerro (2011, 155), publica un artículo llamado “Lectura negra de *Huesos en el desierto*” y menciona que “lo que me parece merecer toda nuestra atención, es el carácter emblemático de esta situación, que dura desde hace 18 años sin dar la menor señal de agotarse: ¿será Ciudad Juárez la sombra proyectada de nuestro mundo futuro, el laboratorio del porvenir de nuestra sociedad globalizada?”. De estos cuestionamientos se va conformando 2666, no solamente en “La parte de los crímenes” como pedagogía de la crueldad, en palabras de Segato, sino también en el camino de la violencia contemporánea que inicia en los campos de concentración. Todos estos son crímenes que se mantienen en un lugar de enunciación de lo sagrado desde la institucionalidad.

Con las mujeres, las cosas se complican: ellas son a la vez las presas más vulnerables, más despreciadas y más deseadas. Nadie se extrañará que ellas sean obreras explotadas, sirvientas despreciadas o prostitutas violentadas, ya que estamos en una civilización donde el sistema patriarcal, la religión y el machismo ordinario se armonizan perfectamente para ofrecerles esas diversas posibilidades. Pero ¿por qué son también víctimas de crímenes seriales con violencias sexuales y rituales orgiásticos inconcebibles? Aquí es donde entramos en las peculiaridades de la zona de contactos. (Ezquerro 2011, 157)

Tanto Ezquerro como Segato entienden la zona de Ciudad Juárez/Santa Teresa como un espacio propicio para este tipo de asesinatos por su condición de zona de contacto. Bolaño y González lo ven desde la perspectiva del fin de la civilización y el inicio del apocalipsis.

Para Girard esta zona sería objeto de estudio como el lugar propicio para desarrollar con claridad la teoría del deseo mimético. En el apartado anterior se habla

sobre la indiferenciación dentro del proceso de sacralización de la víctima sacrificial, el segundo paso es la violencia de todos contra uno. Este es el momento más violento del sacrificio porque se presenta desde lo colectivo, de tal manera que no hay culpables porque todos participan en estos sacrificios. En el caso de Ciudad Juárez/Santa Teresa, el todos, se refiere a la sociedad patriarcal de la que habla Segato. Este Segundo estado misógino se inscribe de manera tácita en la sociedad desde la violencia de género en dos ejes: el eje vertical que se refiere a que la mujer debe ser disciplinada, reducida, contenida y el eje horizontal que se dirige a sus pares “les solicita ingreso en su sociedad y, desde esta perspectiva, la mujer violada se comporta como una víctima sacrificial inmolada en un ritual iniciático” (Segato 2020, 40). Por su ofrenda este hombre se merece un lugar en la “hermandad viril”. En el capítulo III del libro *El chivo expiatorio*, específicamente en el apartado “¿Qué es un mito?”, Girard (2002, 35) determina varios estereotipos que forman parte y van tejiendo esta violencia colectiva.

Cada vez que un testimonio oral o escrito muestra violencias directa o indirectamente colectivas nos preguntamos si ello supone además: *a)* la descripción de una crisis social y cultural, o sea de una indiferenciación generalizada –primer estereotipo, *b)* crímenes «indiferenciadores» –segundo estereotipo, *c)* la designación de los autores de esos crímenes como poseedores de signos de selección victimaria, unas marcas paradójicas de indiferenciación –tercer estereotipo. Hay un cuarto estereotipo y es la propia violencia.

En “La parte de los crímenes” también se encuentran representados los cuatro estereotipos que formula Girard. Santa Teresa/Ciudad Juárez se encuentra en una constante crisis por ser una zona de contacto fronteriza regentada por la narcopolítica estatal y paraestatal. El segundo estereotipo son los crímenes masivos y sistemáticos de mujeres. La problematización sería: ¿cuáles son los crímenes indiferenciadores de estas mujeres? Tanto Segato como Bolaño perfilan algunas características de la mayoría de mujeres asesinadas tanto en la vida real como en la ficción. Segato (2020, 36), menciona que son mujeres jóvenes, de un tipo físico definido y, en su mayoría, trabajadoras de maquilas o estudiantes. En la ficción, Sergio González en diálogo con una prostituta le increpa por no tener solidaridad gremial frente a la historia de muertes y violencia que asola a Santa Teresa y ella le contesta que no eran putas las que morían sino obreras (Bolaño 2012, 583). La mayor cantidad de mujeres asesinadas de forma violenta en Ciudad Juárez/Santa Teresa son trabajadoras de maquilas, obreras empobrecidas, adolescentes y niñas, además sus asesinatos se mantienen en el terreno de la impunidad. El tercer estereotipo se refiere a la designación de las víctimas, entonces aparece la figura

o categoría del chivo expiatorio; que en Santa Teresa/Ciudad Juárez se presenta en doble sentido; el primero, pertenece al género femenino o reconocerse como un cuerpo feminizado. El crimen indiferenciador es ser mujer o parecerlo, esa es la subalternidad suficiente para ser una víctima. Los hombres matan mujeres porque pueden y porque hay todo un sistema “corporativo” que los avala y los protege. Segato (2020, 36) afirma que el círculo de repetición sin fin de estos crímenes (indistinción) se encuentra sentado en la ausencia de acusados convincentes y en la ausencia de líneas de investigación consistentes. El segundo tipo de chivo expiatorio son los hombres que poseen uno o varios signos de selección victimaria ya sea su condición de extranjero o pertenecer a una clase social empobrecida.

En la crónica de Sergio González Rodríguez aparece una figura que deslumbra a Bolaño, Abdel Latif Sharif, más conocido como El egipcio. En 2006 la figura de Sharif está representada por Klaus Haas, sobrino de Archiboldi. Ellos son los extranjeros. Haas/Sharif logra un tipo de poder en la cárcel y otorga una serie de ruedas de prensa explicando quienes son los verdaderos asesinos de mujeres. Entre los culpables están los hijos de unos hacendados millonarios de la región. Hay otros personajes que representan chivos expiatorios como hombres jóvenes pertenecientes a las bandas “los rebeldes” o “los choferes” que también son considerados como perpetradores de los crímenes. Sin embargo, Segato (2020, 35) menciona “lo que más impresiona cuando se le toma el pulso a Ciudad Juárez es la vehemencia con que la opinión pública rechaza uno a uno los nombres que las fuerzas públicas presentan como presuntos culpables”. En las manifestaciones de madres y familiares de las víctimas de la ciudad se pide que liberen a los jóvenes acusados porque todos saben que son acusaciones falsas que impiden seguir con las búsquedas de los verdaderos culpables. La abogada de Latif Sharif, Irene Blanco, fue emboscada y su hijo sufrió un atentado por defender la inocencia de El egipcio, así también las madres de los jóvenes de la banda “Los rebeldes” claman por la inocencia de sus hijos codo a codo con las madres de mujeres asesinadas.

Entonces, en Ciudad Juárez/Santa Teresa hay dos clases de chivos expiatorios como lo concibe Girard. La víctima sacrificial indiferenciada por ser mujer y las víctimas sacrificiales que representan, por un lado al extranjero en la figura de Haas/Sharif, y por otro a los hombres jóvenes pobres marginalizados representados por las bandas pendencieras. Es importante mencionar también a la figura del monstruo, en el caso del asesino o asesinos seriales hijos de señores poderosos, sin embargo, esta pista falsa se encuentra desestimada porque los asesinatos siguen ocurriendo. Así se construyen varias

pistas falsas como; la figura de El penitente, los migrantes internos y externos, los autos de moda entre los jóvenes, etc. Todas estas se presentan como características del género neopolicial, así como la arquetípica investigación norteamericana con el personaje del cazarrecompensas, Harry Magaña, la cual tampoco llega a ningún lado. También está la investigación esotérica representada con la vidente Florita Almada, personaje oracular que bien podría ser Auxilio Lacouture o Cesárea Tinajero. “Chivo expiatorio” denota simultáneamente la inocencia de las víctimas, la polarización colectiva que se produce contra ellas y la finalidad colectiva de esa polarización. Los perseguidores se encierran en la “lógica” de la representación persecutoria y jamás pueden salir de ella” (Girard 2002, 57).

Dentro de las dos clases de chivos expiatorios están las víctimas que se sacrifican para expiar los pactos patriarcales y también están los supuestos culpables para tranquilizar las conciencias institucionales. Dado que la impunidad para la violencia es la base fundamental del sacrificio, Bolaño en la ficción y González en la crónica, nos muestran cuerpos de mujeres con un pecho mutilado o con mordidas en sus extremidades y este sacrificio, a primera vista ritual, permea en todas las capas de la sociedad. Si un marido mata a su esposa por celos, el proceso para deshacerse del cuerpo lo presenta como un ritual y escapa a una investigación exhaustiva porque estos rituales están normalizados. Entonces son todos, absolutamente todos los hombres de Ciudad Juárez/Santa Teresa los culpables de los asesinatos. No es gratuita la relación que establecemos entre *Huesos en el desierto* y *2666*. Girard (2002, 36) sostiene que “todos los mitos se arraigan necesariamente en violencia reales, contra víctimas reales”.

Le pregunté qué pensaba de las mujeres muertas, de las muchachitas muertas. Me miró y me dijo que eran unas putas. ¿O sea, se merecían la muerte?, dije. No, dijo el preso. Se merecían ser cogidas cuantas veces tuviera uno ganas de cogerlas, pero no la muerte. Entonces le pregunté si creía que yo las había matado y el cabrón me dijo no, no, tú seguro que no, gringo, como si yo fuera un jodido gringo, que puede que lo sea en el fondo, aunque cada vez lo soy menos. ¿Qué pretende decirme?, dijo Sergio González. Que en la cárcel saben que yo soy inocente, dijo Haas. ¿Y cómo lo saben?, se preguntó Haas. Eso me costó un poco más averiguarlo. Es como un ruido que alguien oye en un sueño. El sueño, como todos los sueños que se sueñan en espacios cerrados, es contagioso. De pronto lo sueña uno y al cabo de un rato lo sueña la mitad de los reclusos. Pero *el ruido* que alguien ha oído no es parte del sueño sino de la realidad. El ruido pertenece a otro orden de las cosas. ¿Me entiende? (Bolaño 2010, 614)

Esta conversación, mediada por el narrador de estilo indirecto libre característico de Bolaño, bien pudo ser entre Sergio González Rodríguez y Abdel Latif Shariff. El ruido del que habla el extranjero es que todos en esa cárcel habían matado al menos a una mujer

impunemente. La normalización de la muerte de mujeres produce ese ruido. Sharif murió en la cárcel de un paro cardíaco alegando que era inocente. Esa es la versión oficial. Girard (2002, 39-0), sostiene que su teoría del deseo mimético ha sido fuertemente criticada porque se basa en mitos y está “contaminada por representaciones imaginarias [...] Aquí encontramos nuestros cuatro estereotipos, la misma combinación de verosimilitud y de inverosimilitud que en los textos históricos, y no puede significar otra cosa que lo que les pedimos a esos textos que signifiquen: la perspectiva parcialmente falsa y parcialmente verdadera de los perseguidores convencidos de su propia persecución”.

3. La sacralización de la víctima vs. desacralizar el lenguaje de la violencia

¿Qué podrían tener en común la muerte de Andrea Danne, Alma Brisa y las hermanas Herminia Noriega y Estefanía Rivas? Pues que todas fueron asesinadas y sus asesinatos se presentan como rituales. Sus muertes están documentadas en los dos lados de la moneda entre realidad y ficción. A Andrea Danne la mataron clavándole un cuchillo en el corazón en su propia cama mientras dormía. Su asesinato nunca ha sido esclarecido. Alma Brisa Molina Baca, obrera de maquiladora, fue encontrada entre girasoles en el mismo terreno baldío en el que un año antes habían encontrado a Brenda Berenice en la frontera entre Chihuahua y Nuevo México, los girasoles son un aviso a las madres que buscan justicia para que paren sus búsquedas. La mención a ambos asesinatos se encuentra en el artículo de Segato (2020) “La escritura del cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez”. Por otro lado, Herminia y Estefanía son las víctimas número ochenta y ochenta y uno de los ciento diez cadáveres descritos en 2666. En diciembre de 1996 la policía de Santa Teresa encontró los cuerpos de Estefanía Rivas y Herminia Noriega de 15 y 13 años respectivamente como se menciona en el apartado anterior. Llama la atención la crueldad de los asesinatos de las niñas, pero también las circunstancias que los rodean. En principio la policía cesó la investigación de la pista del auto negro porque molestaba a varios hijos de hombres poderosos de la ciudad, además la casa en la que se encontró a las niñas estaba en un barrio en donde la mayor parte de propiedades pertenecían a Pablo Negrete, hermano de Pedro Negrete, jefe de la policía. Pedro Rengifo, el narco “bueno” de Santa Teresa, también era propietario de varias casas a la redonda (Bolaño 2010, 666-7). Esta parte de la historia representa como todos los hombres de la ciudad, en cierta medida, están involucrados en al menos un asesinato. Los “peces gordos” se reúnen con los altos mandos policiales y determinan que Javier Ramos,

nombre falso de quien alquiló esa casa, es el culpable y hacia él se debe dirigir la investigación que por obvias razones quedará impune. El cuchillo clavado en el corazón, los girasoles dejados junto a los cadáveres en el terreno baldío y las torturas sufridas por las niñas aparecen como asesinatos rituales. Aunque se presentan como asesinatos individuales o excepcionales no lo son. Responden a una violencia colectiva determinada por la “corporación machista” en el caso de Andrea o por la crisis del narcoestado en los casos de Alma Brisa o Brenda y las niñas de 2666.

El tercer estereotipo del que habla Girard (2002, 35), tiene que ver con la selección de las víctimas “consiste en achacar a las víctimas la responsabilidad de esta crisis y actuar sobre ella destruyéndolas”. La pregunta es ¿por qué las mujeres tienen la responsabilidad de ser víctimas de recambio en las crisis sociales? Desde una perspectiva girardiana, las víctimas más propensas para el sacrificio son aquellas que no pertenecen a la sociedad; por ejemplo, ancianos, niños, discapacitados, extranjeros y, por supuesto, mujeres, mientras no generen deseos de venganza por parte de su familia. En el contexto actual serían mujeres jóvenes, obreras, con familias empobrecidas o sin ningún vínculo familiar. La violencia y lo sagrado son inseparables porque la violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado. La teoría del deseo mimético se asemeja mucho a la de la hermandad patriarcal en el sentido de que la imitación del deseo del otro genera competencia, rivalidad, pero también necesidad de ser validado. En el caso de la violencia de género las mujeres son vistas como objeto de deseo desde una desigualdad porque las mujeres no pertenecen al orden social, entonces se produce la violencia. ¿Qué pasa en Ciudad Juárez/Santa Teresa? A pesar de las múltiples víctimas sacrificiales y los múltiples chivos expiatorios no se puede resolver el contrato. Una posibilidad aparece cuando se problematiza que tanto al Estado como al Segundo Estado no les interesa resolver estos crímenes para que se mantengan en el terreno de la sacralidad y conservar un status quo que permita hacer negocios en una suerte de atmósfera pacífica.

La divinización de la víctima viene de un consenso social. Así como en los siglos XVI y XVII perseguían y quemaban a mujeres acusadas de brujería, en Santa Teresa se asesina mujeres porque “gracias al mecanismo persecutorio, la angustia y las frustraciones colectivas encuentran una satisfacción vicaria en unas víctimas que favorecen la unión contra ellas, en virtud de su pertenencia a unas minorías mal integradas” (Girard, 2002 56). La misoginia justifica la persecución y el sacrificio de las mujeres porque la dimensión y naturaleza de lo sagrado es social y está atado a una profunda creencia que en este caso sería el consenso social patriarcal que es un sistema

más fuerte que el judicial. Tal como vemos, el progreso de las sociedades arcaicas sigue siendo sacrificial, un factor en común es el odio hacia las mujeres. “El transgresor se convierte en restaurador e incluso fundador del orden que ha transgredido” (Girard 2002, 60). La supuesta paz que trae el sacrificio de las víctimas sacrificiales se erige sobre la impunidad, las fosas comunes y los basurales de la ciudad. ¿Puede salir algo de los basureros?

Exhumar para desacralizar

En las páginas finales de “La parte de los crímenes”, después del hallazgo de más de cien mujeres asesinadas, el ritmo se vuelve aún más trepidante, rapidísimo, ruidoso como si se fuese a revelar algo trascendental, no solamente para la trama sino para la vida, como casi en toda la literatura de Bolaño. Si bien en toda la novela el tejido de historias es constante en esta parte el ritmo entre la búsqueda de la diputada, las conferencias de Haas en la cárcel, Kessler y las mujeres exhumadas parece que se fuese a esclarecer algo, pero no. El final es igual que el inicio, una fecha al azar. Así como la escritura puede ser encarnada, la lectura también. “La parte de los crímenes” afecta al lector, sin embargo ¿cómo sería la experiencia de ficcionar ciento diez asesinatos con todas sus características? En una especie de ejercicio estadístico de las mujeres asesinadas en Santa Teresa encontramos que Bolaño les pone nombres completos, edad, fecha y lugar del hallazgo, posibles causas de muerte y otras características como la ropa que llevaban puestas, además de los posibles culpables, también algún contexto familiar o social.

Esther López Barceló en el libro *El arte de invocar la memoria* (2024) explora el concepto de *memoria como exhumación* desde los encuentros de cuerpos en fosas comunes de la dictadura franquista y dice “Si empleamos la voz de la memoria es porque no sabemos nombrar todo este tiempo quebrado que quedó tras las desapariciones. Porque no solo murieron, no solo los mataron: los desaparecieron. Y fue así como se les negó el duelo a sus allegados” (29). Los familiares y seres cercanos de las mujeres que desaparecen y luego aparecen mutiladas, violadas, estranguladas, acuchilladas no han tenido la posibilidad de tener un duelo, sin embargo, forman comunidades para transformar su dolor individual en experiencias colectivas que además se presenten como pensar la contrasacrificialidad desde el nombrar como un acto de resistencia o disidencia. Los crímenes de género no disponen de ninguna categoría precisa para determinar víctimas o victimarios excepto por las categorías de hombre y mujer que también incluyen personas con características masculinas o femeninas; “Cuando los victimarios negaron a

sus víctimas la posibilidad de una tumba, no solo buscaban ocultar las pruebas de su crimen, sino también vedar el duelo a quienes sobrevivieron” (López Barceló 2024, 37). López Barceló (2024, 51) no solamente piensa en la exhumación como figura para encontrar una especie de duelo en el quitar capas de tierra signifique además una “reinhumación”, categoría que tiene que ver también con los objetos arqueológicos que se pueden ver como los restos o los vestigios que representan los objetos hallados de cada una de las víctimas, incluso la tierra que tapaba aquellos objetos se transforman en un trozo de humanidad. Para todas aquellas personas que no han tenido la posibilidad de celebrar ritos fúnebres el valor de los objetos encontrados es innegable.

De ahí la importancia de leer en “La parte de los crímenes” los detalles que el narrador nos comparte de las exhumaciones de las mujeres asesinadas. Por ejemplo, Michelle Sánchez Castillo de dieciséis años apareció envuelta en cobijas viejas con un pantalón negro bajado y una blusa rosada subida, zapatos de tipo minero con suela de tractor y el sostén y las bragas puestos. Un cuerpo sin identificar llevaba un guante de terciopelo y dos anillos de plata. (Bolaño 2010, 700-20). En 2666 las primeras mujeres asesinadas aparecen en 1993, en todo ese año se hallaron diecisiete mujeres de las cuales trece fueron identificadas con nombres y apellidos, diez fueron violadas, dos fueron empaladas, siete fueron estranguladas, tres baleadas, cuatro acuchilladas y dos murieron a golpes. Una de las mujeres sin identificación tenía cinco meses de embarazo, la encontraron enterrada en un basurero al igual que a Emilia Mena Mena. De los diecisiete cuerpos hallados en 1993, se encontraron culpables a cuatro novios y solamente se condenó a uno y el otro asesinato que tuvo condena fue un matricidio. Para 1994 se hallaron once mujeres asesinadas de manera violenta. Ocho se identificaron; seis fueron violadas, dos golpeadas, tres acuchilladas y cinco estranguladas. Solamente un caso fue resuelto y los otros diez quedaron impunes incluido el de Penélope Méndez Becerra de once años de edad cuya causa de muerte fue un fallo cardíaco mientras la violaban. A ella la encontraron en un desagüe. Una de las otras diez fue encontrada en un basurero de la ciudad. En el año 1995 se encontraron veinticinco mujeres asesinadas, diecisiete se identificaron, diez mostraron signos de violación, nueve fueron estranguladas. A ocho las encontraron en carreteras y a tres en basureros. Solamente uno de los veinticinco casos se esclareció; a Ema Contreras la mató su esposo, el policía Jaime Sánchez, le propinó cuatro balazos con una Magnum Taurus, dos le desfiguraron la cara. En 1996 aparecieron veintiocho mujeres asesinadas, trece sin identificar, solamente osamentas, muertas de

años anteriores. A tres las asesinan sus esposos. Las mujeres sin identificación se enterraron en una fosa común.

La segunda víctima de aquel día y la última del mes de marzo fue hallada en un lote baldío al oeste de la colonia Remedios Mayor y del basurero clandestino El Chile y al sur del Parque Industrial General Sepúlveda. Según el judicial José Márquez, a quien le fue encargado el caso, era muy atractiva. Tenía las piernas largas y el cuerpo delgado aunque no flaco, el pecho abundante, la cabellera por debajo de los hombros. Tanto la vagina como el ano mostraban abrasiones. Después de ser violada la acuchillaron hasta matarla. Según el forense la mujer debía tener entre dieciocho y veinte años. No tenía papeles que facilitaran su identificación y nadie acudió a reclamar el cadáver, por lo que su cuerpo fue enterrado, tras una espera prudencial, en la fosa común. (Bolaño, 2010 631)

El año 1997 es el último año del que quedan registros en la ficción. En este año se hallaron veintinueve cuerpos de mujeres asesinadas. Catorce se identificaron. La escalada lleva a evidenciar ciento diez mujeres asesinadas por la violencia patriarcal. Hay un punto de intersección en lo que Rita Segato (2016, 40) expone sobre la violación como la violencia más expresiva “es el control absoluto de una voluntad sobre otra”. Y el testimonio de Levi en donde se presenta la violencia como ejercicio de poder. Es decir, las violaciones no tienen nada que ver con la sexualidad o el erotismo, son ejercicios de poder, control y expropiación del cuerpo. Tal como se representan en los campos de concentración. Al menos, en la Alemania nazi este periodo tuvo un inicio y un fin. Pero, ¿cómo detenemos la guerra contra los cuerpos femeninos y feminizados? ¿Cómo detenemos la guerra contra los cuerpos migrantes, las otras especies? Rita Segato (2016, 30) responde “Desmontando, con la colaboración de los hombres, el mandato de masculinidad, es decir, desmontando el patriarcado, pues es la pedagogía de la masculinidad lo que hace posible la guerra y sin una paz de género no podrá haber ninguna paz verdadera”. También, nos queda el lenguaje, la palabra literaria. Probablemente, Roberto Bolaño usó la figura del exceso para exhumar estos cadáveres.

En *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor*, Ileana Diéguez (2013, 24) problematiza la categoría de comunidad y construye el concepto de *communitas* para explicar el fenómeno de “hacer de un dolor individual una experiencia colectiva”, sin embargo, ella separa a la *communitas* de las comunidades como los grupos de apoyo que son grupos más jerarquizados y sostenidos en el tiempo. En cambio el acontecimiento de las *communitas* son un reconocimiento de dos individuos en igualdad de condiciones de dolor en una comunión que se instala por corto tiempo. Diéguez (2013, 27) pone el ejemplo de una marcha silenciosa por desaparecidos. “Esa otra dimensión es precisamente el no-lugar del cuerpo –sin extensión, ni horizontalidad ni verticalidad– que

introducen los cuerpos desaparecidos, los amontonamientos de cuerpos desmembrados y acéfalos, las apariciones de fosas comunes, la acumulación creciente de NN”. Se podría pensar que la *communitas* es entonces una antiestructura comunitaria extremadamente efímera construida por personas que tienen una imposibilidad del duelo en la medida que la falta de ritos fúnebres no procura una resolución. Las *communitas* se reúnen para “Pensar las relaciones entre cuerpo, duelo y prácticas artísticas en escenarios dominados por la violencia” (Diéguez 2013, 30). Una imagen poderosa de representación de los restos en lugar del cuerpo son las montañas de zapatos en el museo de El Holocausto, esos restos materiales que no son metáforas sino metonimias de aquellos cuerpos nunca hallados. Al igual que la Cruz de Juárez que es un testimonio poético metafórico para activar la memoria, para reclamar la deuda que la justicia mexicana tiene con los familiares de cientos de mujeres desaparecidas o asesinadas. En esa cruz hay clavos y cada clavo representa a una mujer cuyo cuerpo fue encontrado violentado. Esta estrategia comunitaria para apostar por la vida se ancla también en los vestigios y en los restos como una forma de exhumación de tal manera que la memoria y el testimonio permitan transitar por el duelo tan necesario. Los familiares y seres queridos de estas mujeres desaparecidas o halladas muertas forman *communitas* del dolor.

La exhumación también puede ser un lenguaje para la crítica literaria. Karina Marín (2020, 20-2). aborda esta categoría en *Cuerpos exhumados*, libro en el que propone pensar la exhumación de cuerpos marginales como una metodología visual para una “lectura corporeizada” o “una ética corporal de lectura”. Es decir, apuesta por un tejido o un bordado teórico de la exhumación como una crítica encarnada. Marín toma la figura de la exhumación como método de lectura. La cuestión problematizadora es leer imágenes dentro de la literatura canónica ecuatoriana en donde se presentan una infinidad de cuerpos marginales violentados que históricamente han sido ignorados por la crítica y por la propuesta de un nacionalismo a partir de la literatura nacional. Esto nos lleva a pensar ¿por qué Bolaño quiere exhumar ciento diez cuerpos de mujeres asesinadas violentamente en la frontera entre México y los Estados Unidos? Una posible respuesta se esboza alrededor de que las lecturas y escrituras más canónicas se han enfocado en mostrar las herencias más civilizatorias y en esconder lo abyecto. Para Bolaño su exploración literaria ha sido más bien la de la abyección de México, Chile y la ruta de la violencia del siglo XX. Es decir, se puede idealizar a personajes como Amalfitano, Archiboldi incluso Lalo Cura, pero no a los cadáveres de ciento diez mujeres asesinadas de las maneras más

violentas. “El cuerpo idealizado es un cuerpo asumido desde la cognición que no pasa por los sentidos de quienes lo leen” (Marín 2020, 40).

Marín propone esta metodología de lectura como un intento “ético y político” por no retirar la mirada y es lo que hace Bolaño con la violencia, en lugar de retirar la mirada la sostiene y le pone un lenguaje. Para Marín es fundamental leer desde otros centros que no sean los canónicos, uno de ellos el cuerpo. En este sentido, el lenguaje de la violencia que propone Bolaño desde sostener la memoria por medio de la exhumación es una escritura corporal. De alguna manera hallar entre las ruinas, entre los escombros y los basurales imágenes de cuerpos femeninos violentados para mirarlos y no solamente leerlos. “Se trata de poner en crisis la idea del lenguaje como aquello desde donde el sujeto postula la verdad y la totalidad hasta no tener nada más [...] y de proponer, que el lenguaje sea el lugar donde la experiencia debe volverse verdad” (Marín 2020, 63-4).

¿Cómo dismantelar la naturalización de la violencia de género? Nombrándola, sosteniendo la mirada y problematizando por medio de la generación de conocimiento los pactos patriarcales, machistas, misóginos y feminicidas que están normalizados. Bolaño no esconde lo abyecto sino que lo muestra desde el exceso mas no desde el espectáculo. Esta desproporción apela a una lectura desde el cuerpo y a sus reacciones porque finalmente la violencia se presenta como un motivo estético. Nos muestra ataques al cuerpo femenino desde lo biológico, lo político y lo simbólico. Bolaño construyó una poética de observar el abismo sin quitar la mirada, retratar lo que sus pares decidieron ignorar y romper con el *establishment* del Boom Latinoamericano. Es decir que muestra la violencia como un motivo cosmopolita y no solamente como una pornomiseria latinoamericana.

En el siguiente apartado, se entrelazarán conceptos como el *male gaze* en autores del Boom Latinoamericano para contrastarlo con la figura de Bolaño como umbral, considerando el cambio de mirada masculina/femenina de la tradición y la necesidad radical de las mujeres de narrar la violencia de género y de alguna manera traer al presente ecuatoriano los conceptos de este estudio con la lectura del cuento “Lilith” de la joven autora ecuatoriana contemporánea, Abril Altamirano.

Bolaño, aquí y ahora

A los 17 años conocí a los personajes de Roberto Bolaño. Mi padre, con quién tengo una relación muy cercana porque compartimos la pasión por la lectura, se fue a estudiar a Madrid. Después de dos años de extrañamiento regresó y trajo consigo *Putas*

Asesinas. Ahí, en el regocijo del encuentro con mi padre descubrí las palabras del escritor chileno. Después, con la lectura de *Los detectives salvajes* empecé mi reflexión sobre cómo América Latina está transversalizada por la violencia; esta categoría nos determina y nos construye. Así como esas débiles potencias domésticas que Bolaño supo observar, escuchar y representar. Por supuesto antes de conocer a Bolaño ya estaba familiarizada con García Márquez y Cortázar, a quienes quiero mucho. ¿Por qué entonces quedarse con Bolaño y no con Cortázar? Una respuesta podría ser por el tratamiento que ambos autores tienen para con sus personajes femeninos. Crecí y ya no quería ser la Maga, pero sí sentía una cercanía latente con Auxilio Lacouture o con Cesárea Tinajero, con Liz Norton. A veces, mujeres fuertes y temibles; otras veces, desamparadas, vulnerables o desconocidas. Envidio mucho a aquellas personas que van a leer a Roberto Bolaño por primera vez. El asombro y la conmoción que sentí con su escritura dan cuenta de la familiaridad frente a esa forma de contar fragmentada, cortada y desoladora; pero al mismo tiempo la extrañeza de una nueva forma de enfrentarse con lo cotidiano y lo doméstico. Por ejemplo, los cuentos “Gómez Palacio” o “Últimos atardeceres en la tierra” parecen no contar nada. El primero es sobre un personaje “B” que va a dar clases de poesía en un pueblo y el segundo es un viaje de fin de semana entre un padre y un hijo. Aparentemente no cuentan mucho, pero las atmósferas son incómodas y siniestras al igual que los finales cortados abruptamente. Son cuentos de una rapidez y una violencia abrumadoras sin embargo no lo parecen.

Si bien las similitudes contextuales de Bolaño son muy cercanas a la de los escritores del “boom” latinoamericano, creo que hay diferencias que lo posicionan como una especie de umbral entre los grandes temas y figurones del siglo XX y las débiles potencias domésticas del siglo XXI, esas que forman ya parte de una tradición de escritores y, sobre todo, escritoras que tensionan la paradoja de lo inenarrable: nombrando, diciendo, categorizando, narrando radicalmente la violencia. Una imagen que me acompañó durante la escritura de este trabajo de investigación fue la reflexión en torno a que todas las mujeres que me rodean, mi mamá, mis tías, abuelas, amigas, incluso mis perras hembras, de alguna u otra manera han sido víctimas de violencia de género y siempre ha sido silenciada, oscura y, sobre todo, impune. Por eso, me interesa revisar el aquí y el ahora de una escritura sobre la violencia desde la perspectiva de pensar en Roberto Bolaño como un umbral y proponer la lectura del cuento “Lilith” de Abril Altamirano desde una perspectiva de género y pensar la relevancia de tejer con los Estudios culturales, en este caso con Teoría feminista y los Estudios literarios.

En el artículo “2666 de Roberto Bolaño: una perspectiva de género”, Ainoa Íñigo (2012, 19) se plantea pensar este cambio de visión y construcción de personajes femeninos y aparece el concepto de “virilidad” para hablar de personajes masculinos.

La última novela de Roberto Bolaño representa a sus figuras masculinas y femeninas a través de una serie de parámetros que a veces se corresponden y otras veces no con los modelos patriarcales. Su posicionamiento es ambiguo, puesto que sus personajes transitan por los márgenes de las convenciones sociales. La novela es una denuncia patente a la violencia de género y a su consecuencia más brutal: los feminicidios [...] Los personajes femeninos de 2666 no obedecen a los preceptos del mito del amor romántico. En realidad sus relaciones con el género opuesto son, en su mayoría, fragmentarias y fugaces. No hay mujeres sumisas ni dependientes. Por el contrario, son seguras de sí mismas y toman sus propias decisiones sin importarles el qué dirán o cómo pueden reaccionar los hombres de la novela. [...] La virilidad es un rasgo patente en algunos de los personajes masculinos de Bolaño, siendo este tipo de caracterización propia del modelo patriarcal. Son hombres fuertes, protectores, salvadores y con un tipo de sexualidad idealizada que en ocasiones parece privilegiar el sometimiento y la dominación de las mujeres.

Bolaño intenta esbozar una revisión de las tradiciones, sobre todo, para burlarse de ellas. En este sentido, la mirada masculina de Bolaño con sus personajes femeninos es distinta a la de sus antecesores del “boom” latinoamericano. Su escritura no responde a una lógica-racional sino es, más bien, pulsional. En esta parte se abre el umbral a la escritura del cuerpo. Es decir, es poner en escena las múltiples formas internas, inconscientes que impulsan la satisfacción de deseos primitivos, la violencia como un impulso básico. Podríamos mencionar que en el camino de la violencia de Occidente del siglo XX la muerte de mujeres en Santa Teresa es el contrapunto del Holocausto desde una mirada plural, fractal, múltiple.

Bolaño opera en el interior de la literatura latinoamericana más canonizada, la del boom, para quebrantar todo mito de totalidad asociado a una posible identidad continental de tintes optimistas, contra toda imagen que estanque la esencia exclusiva de lo latinoamericano como una identidad otra, fabulosa, exótica. Su narrativa desplaza ese realismo mágico anclado en el mundonovismo que intentaba explorar la naturaleza desbordante y la religiosidad americana hacia los territorios desolados de las dictaduras y la pérdida de la utopía, para articular una escritura visceral, sin épica, cuyo paisaje emblemático es el desierto. (Aguilar 2015, 188)

A partir de las reflexiones sobre la “virilidad” de Íñigo y el traspaso de las literaturas del “boom” hacia otro lugar de enunciación que propone Aguilar, he pensado en el trabajo doctoral *Lenguajes genitales. Novela en América Latina en la segunda mitad del siglo XX* (2023) de Juan Carlos Arteaga sobre una metodología de lectura desde las categorías de “privilegio eréctil” y “poder de penetración” desde la mirada masculina o

lo que también denomina “male gaze”¹⁴ y la sumisión o silenciamiento de los personajes femeninos o feminizados en la esfera pública. Este silenciamiento no solamente representa a las mujeres calladas, sino que implica la falta de categorías específicas para hablar de la violencia de género y su corporalidad, sexualidad y psique.

La male gaze materializa las posiciones de enunciación de personajes y narradores; mostrando las complejidades de interacciones de estos. Los diferentes narradores y personajes, que serán descritos en estas páginas, cuentan con la male gaze como parte de su formación —así les enseñaron a mirar, a significar y a vivir el mundo—, pero también como parte de su sentido de vida —son importantes en cuanto se mantienen dentro de lo que “deberían ser” como “hombres” desde ese paradigma, en cuanto cumplen con el mandato de masculinidad—. (Arteaga 2023, 42)

Arteaga propone un análisis de narradores y personajes de obras canónicas de la literatura latinoamericana, sobre todo desde la estructura sintáctica y la disposición de las palabras para reforzar una imagen masculina. Sin embargo, yo veo a los personajes femeninos de Bolaño como umbrales para construir imaginarios que se enfoquen en la corporalidad y la problematización del “deber ser” femenino. Bolaño propone una suerte de ruptura de la male gaze en la forma de narrar los cuerpos femeninos. Para los autores del “boom” era fundamental mostrar la erección masculina, para Bolaño fue fundamental exhumar los cadáveres de mujeres asesinadas por la violencia de género.

Para sostener esta hipótesis me gustaría trabajar con un cuento de una autora ecuatoriana contemporánea, Abril Altamirano, de su primer libro llamado *El impulso femenino de saltar por las ventanas* (2024), el cuento se llama “Lilith”. Esta historia pone la mirada en un feminicida que fue liberado por cometer un “homicidio culposo”, término jurídico que no representa todas las implicaciones del feminicidio. Aunque su familia lo protege, él decide recluirse voluntariamente en el campo. Los problemas inician cuando contrata a unos albañiles y uno de ellos viene con su esposa. La presencia femenina altera la tranquilidad del espíritu del personaje, Adán, que empieza a recordar su vida con Dolores antes que, accidentalmente, ella golpeará su cabeza con el mesón de la cocina. El movimiento para llevar a la esposa del albañil a la cama y violarla no le funciona y la

¹⁴ “La male gaze es una categoría utilizada por Laura Mulvey quien, desde su campo de reflexión —el cine—, se da cuenta en 1975 de que las lógicas heteropatriarcales se han filtrado a la forma de producir, distribuir y consumir la imagen. Según la autora británica el cine se constituye como un ejercicio escopofílico; es decir, se basa en el placer que produce mirar al otro desde una perspectiva erótica. A partir de esa premisa —que la autora importa del psicoanálisis como herramienta política, como lo afirma al inicio de su ensayo “Placer visual y cine narrativo”—, Mulvey se pregunta: ¿quién mira?, ¿qué es lo mirado?; y, sobre todo, ¿cuál es la relación de poder entre ambos? Se construye una perspectiva de género para desentrañar el funcionamiento de la male gaze en un entorno audiovisual”. (Arteaga 2023, 40)

relación laboral se termina. Una noche Marta, la esposa del albañil, presuntamente entra a la casa de Adán y lo ataca, pero él le clava unas tijeras en el abdomen. Segundo feminicidio. “Al pasarse las manos por el cuerpo, sintió el frío del mango de las tijeras clavado firmemente en su vientre. Paralizado de horror, Adán comprendió que los gritos salían de su propia boca” (55). La mirada de Altamirano le otorga un poder místico a ambas mujeres. Tanto a Dolores como acechadora de los sueños del asesino como a Marta con esa propiedad sobrenatural de no haber cedido ante la posición de poder en la que se encontraba Adán. En el cuento las mujeres son hijas de Lilith, la desobediente primera esposa de Adán que nunca fue sumisa y por eso fue repudiada y convertida en demonio. Si bien ninguna de las dos mujeres se presenta activamente en el cuento sus espíritus reclaman justicia por sus propias manos. La escritura de Altamirano no es neutral. Son cuentos que desafían y cuestionan el “deber ser” femenino y desmontan la supuesta objetividad a la que tanto escritores como críticos debemos apuntar. En este sentido, podríamos analizar críticamente la objetividad revisando el inicio del cuento de Altamirano “Tres años después, lo liberaron. Lo llamaron *homicidio culposo* y la muerte de Dolores se pintó como una consecuencia desafortunada de sus propias decisiones” (49). ¿Que una autora inicie su cuento problematizando una categoría jurídica se podría pensar como una contaminación del texto literario por la necesidad de usar un término más específico como feminicidio?

La violencia de género es un problema estructural mundial, probablemente el más abarcador en cuanto a culturas, geografías, etc. Además de los miles de mujeres asesinadas en la frontera de Ciudad Juárez, tema que fue motivo literario para Bolaño en su obra maestra, también hay casos en Oriente y Occidente por igual. Por ejemplo, se me vienen a la cabeza los dos casos que han salido a la luz este último mes de agosto de 2024. En un pueblo francés un marido sometía químicamente a su esposa para dejar que otros hombres la violaran mientras ella estaba inconsciente mientras él filmaba. Un centenar de hombres normales, padres de familia, jubilados, tíos, abuelos, bomberos, etc., fueron parte de esta violencia y nadie se atrevió a denunciar. Por otro lado, la misma semana la maratonista ugandesa, Rebecca Cheptegei, de 33 años falleció después de que su exnovio la rociara con gasolina y le prendiera fuego. Ambos casos son cercanos en el tiempo, pero lejanos en geografías. El caso francés ha puesto de manifiesto la categoría de “sumisión química” como una forma de violencia de género y de consentimiento. A lo largo de este trabajo de investigación teóricas como Cristina Rivera Garza, Rita Segato, Esther López Barceló e Ileana Diéguez han mencionado algunos lugares de enunciación que necesitan

categorías específicas, no para aislarse como sostiene Corral, sino para sacar a la violencia que nos rodea de ese espacio sagrado y oscuro que le otorga, entre otras cosas, la impunidad.

Este entramado de lecturas y propuesta de tejidos teóricos y categorías no pretende resolver la violencia sino poner en crisis la forma en la que leemos y cómo nos relacionamos con los temas y motivos que en este momento se ponen de manifiesto en la escritura de mujeres. No es que la nueva crítica se “haga de la vista gorda” con teóricos como Ángel Rama u Octavio Paz, mi hipótesis es que sus categorías ya no nos son suficientes para hablar de temas que ellos mismos negaron como relevantes y contingentes. La violencia de género es uno de tantos. Finalmente, la imagen que me acompañó durante esta escritura, la de las mujeres de mi alrededor violentadas, me ha llevado a reflexionar la necesidad de hablarlo todo el tiempo, en todos los ámbitos de la vida, de todas las formas que tengamos al alcance porque esta violencia no acaba solamente recrudece porque se mezcla con otros tipos de violencia y crisis pospandémicas apocalípticas. El Roberto Bolaño que se educó en la Universidad desconocida, ese escritor disidente, desertor, nómada que, mediante la parodia, el humor, la crudeza, la antipoesía y el cuerpo se desmarcan del poder nos abre el umbral de las escrituras bilingües, expandidas, fronterizas y feministas. Estoy frente al escritor que elegí como camino de investigación, frente a su obra, sus estrategias, pero más importante frente a mi relación con él. Estas lecturas me llevaron a sacar conclusiones sobre la tradición, su poética y estética, además cómo nos construye como lectores, escritores, investigadores latinoamericanos, pero también nos convoca en la universalidad. Bolaño nos constituye como latinoamericanos así mismo como la violencia y el horror. Y eso es para mí la literatura el acceso a los mundos posibles sin dejar de mirar a lo que nos rodea y por medio de la palabra poética teorizar y hacer crítica honesta, desde los afectos, encarnada para que cada vez que se abra un libro pensar que el mundo podría ser un lugar menos terrible.

Conclusiones

Esta investigación explora la paradoja del lenguaje al intentar narrar la violencia, especialmente la violencia de género, y la necesidad urgente de hacerlo. En la literatura, esta tensión entre el silencio y la palabra potencia una reflexión crítica sobre esas experiencias. El testimonio se problematiza como herramienta narrativa, destacando la noción de la "banalidad del mal", que muestra cómo actos de violencia extrema, como los feminicidios, no son excepciones, sino el reflejo de estructuras patriarcales normalizadas. La obra de Roberto Bolaño, considerada canónica, ha generado debates fundamentales del siglo XXI sobre bilingüismo, literaturas fronterizas y la representación de las mujeres en la literatura latinoamericana. En este estudio, su escritura sirve como un punto de partida para nuevas lecturas críticas, particularmente en su tratamiento de la violencia y la impunidad.

La investigación también aborda la paradoja de la imposibilidad del lenguaje para narrar la violencia, con aportes de Primo Levi, Giorgio Agamben y Hannah Arendt. Desde la "Zona gris" de Levi hasta la "banalidad del mal" de Arendt, se subraya cómo la indecibilidad de ciertos eventos perpetúa la violencia en espacios de impunidad. A través del testimonio de Cristina Rivera Garza en *El invencible verano de Liliana*, se ejemplifica la necesidad de relatar la violencia de género. La literatura se presenta como un espacio de resistencia al olvido y como herramienta para combatir la normalización de la violencia. En este sentido, la "guerra contra el olvido" de Levi se entrelaza con las ideas de Agamben sobre lo "indevelable" en sistemas patriarcales, destacando que los feminicidios son cometidos no por individuos excepcionales, sino por hombres comunes dentro de una estructura que facilita la violencia de género.

La obra de Bolaño, especialmente en *2666*, contribuye a la discusión sobre cómo narrar lo innarrable, ayudando a renovar la comprensión de las víctimas y sus memorias. Este enfoque dialoga con los estudios de género y las experiencias de pérdida, subrayando la necesidad de desnaturalizar las dinámicas patriarcales. Desde las perspectivas de Arendt y Agamben, se reflexiona sobre la normalización de la violencia en estos sistemas, destacando que cualquier hombre dentro de estas estructuras tiene el potencial de cometer feminicidios. Esto invita a cuestionar los marcos estructurales de la violencia y subraya la urgencia de dismantelar estas dinámicas desde la literatura y la teoría crítica.

El testimonio como verdad y traducción del duelo, explorado por Levi, resalta la importancia de lo histórico y lo documental en la narración de la violencia. Los familiares de las mujeres asesinadas traducen el dolor y el duelo en palabras vivas, creando mecanismos para preservar la memoria de las víctimas y luchar contra el olvido. Estas voces encarnan una dimensión íntima y política del testimonio, que abre caminos hacia una narrativa más afectiva y comprometida. En *2666*, Bolaño utiliza eufemismos y metáforas para exponer las estructuras de impunidad representadas por personajes como policías y alcaldes, quienes perpetúan la violencia en Santa Teresa. A través del catálogo narrativo de crímenes, Bolaño convierte las huellas de las mujeres asesinadas en un testimonio literario de las víctimas. Esta investigación también propone entrelazar las categorías teóricas sobre la violencia de género, como las de René Girard ("la violencia y lo sagrado" y el "chivo expiatorio"), con los enfoques literarios de Selva Almada en *Chicas muertas* y las reflexiones de Ileana Diéguez en *Cuerpos sin duelo*. Además, se analiza la necesidad de categorizar la violencia de género según Rita Segato en *La guerra contra las mujeres*, integrando estos marcos teóricos para una comprensión integral de la violencia de género en la literatura.

Girard plantea que la violencia se perpetúa mediante un mecanismo de sacralización de las víctimas, arraigado en las dinámicas del deseo mimético y en comunidades en crisis. Este concepto se refleja en *2666*, especialmente en "La parte de los crímenes", que se convierte en una alegoría de los sistemas de violencia en Ciudad Juárez (representada como Santa Teresa). Segato amplía esta comprensión, mostrando cómo estas dinámicas son sostenidas por estructuras patriarcales como las hermandades viriles y la complicidad estatal y paraestatal. La violencia de género, por lo tanto, no es un fenómeno aislado, sino parte integral de las estructuras de poder.

La categoría del "chivo expiatorio" de Girard, que describe cómo las comunidades proyectan sus crisis sobre víctimas sacrificiales para mitigar tensiones, se refleja en *2666*. Las mujeres asesinadas se convierten en víctimas sacralizadas, cuya muerte es invisibilizada por la normalización. Por otro lado, las autoridades crean culpables ficticios, perpetuando la impunidad de los crímenes reales. Esta doble victimización refuerza la tesis de Girard sobre la colectivización de la culpa, un acto que enraíza más profundamente la violencia en las estructuras sociales.

La investigación también plantea que la exhumación y la memoria no solo abordan los cuerpos físicos de las víctimas, sino también los relatos que deben emerger de su desaparición. Selva Almada, en *Chicas muertas*, y Esther López Barceló, en *El arte de la*

memoria, vinculan la recuperación de cuerpos y memorias como actos políticos para interrumpir el olvido y el silencio. Esta exhumación no es solo literal, sino simbólica, abordando los feminicidios desde una perspectiva que rescata a las víctimas del anonimato y enfrenta la indiferencia institucional. La memoria, vista como "communitas del dolor" por Diéguez, sugiere que el duelo colectivo reconstruye el tejido social y convierte el acto de recordar en una resistencia activa. Karina Marín introduce una metodología de lectura encarnada, donde el cuerpo se convierte en eje central para interpretar textos literarios y acontecimientos históricos, desafiando las concepciones tradicionales de lectura y priorizando la experiencia corporal y afectiva.

Finalmente, este estudio busca estrategias para desacralizar el lenguaje de la violencia. Según Girard, la sacralización perpetúa la violencia al transformar a las víctimas en símbolos intocables. Segato y otros autores sugieren que la exhumación de cuerpos y relatos es un acto que permite enfrentar esta sacralización, desactivando el mecanismo que convierte a las víctimas en objetos de violencia y abriendo la posibilidad del duelo. Este proceso no solo busca justicia, sino transformar la relación colectiva con las víctimas, devolviéndoles su humanidad y desdibujando la violencia naturalizada. La literatura, como herramienta de denuncia y reconfiguración social, se presenta como un espacio de intervención en las estructuras de violencia. *2666* es un ejemplo paradigmático de cómo el relato literario puede enfrentar lo innarrable y convertirlo en un acto político que denuncia, incomoda y transforma. La escritura de Bolaño sostiene una mirada hacia un futuro apocalíptico, donde la violencia de género es vista como el núcleo de una crisis ética y política que debe ser enfrentada desde múltiples frentes: el testimonio, la memoria, la exhumación y el acto de narrar.

En conclusión, este estudio integra las categorías de Girard, Segato, Almada, Diéguez, Marín y Bolaño para entender la violencia de género como una problemática estructural, mostrando que la narrativa literaria, junto con la memoria y la exhumación, es una respuesta posible para confrontar estas dinámicas, desnaturalizarlas y construir nuevas formas de relación con la justicia, la memoria y el lenguaje.

Lista de referencias

- Acero, Nibaldo, y Alfaro, Carvacho, eds. 2023. *¿Qué hay detrás de la ventana? Letra/imagen/música/arte x Roberto Bolaño*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica de Chile.
- Agamben, Giorgio. 2019. *Lo que resta de Auschwitz*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Almada, Selva. 2015. *Chicas muertas*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Altamirano, Abril. 2024. *El impulso femenino de saltar por las ventanas*. Quito: La caídaeditorial.
- Aguilar, Paula. 2015. “Violencia y literatura en América Latina a partir de 2666 de Roberto Bolaño”. En *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, editado por Teresa Basile, 172-94. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Arendt, Hannah. 2012. *Eichmann y el Holocausto*. México D.F: Taurus.
- Arteaga, Juan Carlos. 2019. *Poéticas de la violencia*. Quito: Turbina editorial.
- . 2021. *Lenguajes genitales. Novela en América Latina en la segunda mitad del Siglo XX*. Tesis doctoral. Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.
- Balladares, María Auxiliadora. 2020. “Las listas y la escritura del desastre en Sanguínea, de Gabriela Ponce Padilla”. *Revista Andina de Letras y Estudios Culturales Kipus* N° 48: 157-168. DOI: <https://doi.org/10.32719/13900102.2020.48.10>
- Benjamin, Walter. 2007. “Para una crítica de la violencia”. *Conceptos de la filosofía de la historia*. Buenos Aires: Terramar Ediciones.
- Bolaño, Roberto. 2006. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama.
- . 2008. *La literatura nazi en América*. Barcelona: Seix Barral.
- . 2010. *2666*. Barcelona: Anagrama.
- . 2010. *El Tercer Reich*. Barcelona: Anagrama.
- . 2011. *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama.
- . 2011. *Los sinsabores del verdadero policía*. Barcelona: Anagrama.
- . 2012. *Estrella distante*. Barcelona: Anagrama.
- . 2017. *La pista de hielo*. Bogotá: Debolsillo.
- . 2019. *Cuentos completos*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.

- Braithwaite, Andrés, ed. 2011. *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Cornejo Polar, Antonio. 1994. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio cultural en las literaturas andinas*. Lima: Editorial Horizonte.
- Corral, Wilfrido. 2003. “Problemas y avatares de los ‘estudios culturales hispanoamericanistas’ de hoy.” *Revista Hispánica Moderna* 56 (2): 463-84.
- Das, Veena. 2016. *Violencia, cuerpo y lenguaje*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Diéguez Caballero, Ileana. 2013. *Cuerpos sin duelo. Iconografías y teatralidades del dolor*. Córdoba: Documenta/Escénica Ediciones.
- Ezquerro, Milagros. 2011. “Lectura negra de *Huesos en el desierto*”. *Letral*, n.º 7.
- Faverón Patriau, Gustavo, y Paz Soldán, Edmundo, eds. 2013. *Bolaño salvaje*. Barcelona: Candaya.
- Girard, René. 2002. *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.
- . 2010. *Clausewitz en los extremos*. Buenos Aires: Katz editores.
- . 2016. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Herralde, Jorge. 2005. *Para Roberto Bolaño*. Bogotá: Villegas Editores.
- Iñigo, Ainoa. 2018. “2666 de Roberto Bolaño: una perspectiva de género”. *La Colmena*, abril-junio (5) 19-25.
- Levi, Primo. 2019. *Trilogía de Auschwitz*, 3.ª ed. Bogotá D.C.: Ariel.
- López Barceló, Esther. 2024. *El arte de invocar la memoria. Anatomía de una herida abierta*. Valencia: Barlin libros.
- López Bernasocchi, Augusta y López de Abiada, José Manuel, eds. 2012. *Roberto Bolaño. Estrella cercana. Ensayos sobre su obra*. Madrid: Editorial Verbum.
- Marín, Karina. 2022. *Cuerpos exhumados*. Quito: Centro Cultural Benjamín Carrión.
- Madariaga Cano, Montserrat. 2010. *Bolaño infra. 1975-1977. Los años que inspiraron Los detectives salvajes*. Santiago de Chile: Ril Editores.
- Mercury, Mario y Vanesa, Robles. 2001. “La cruz de Juárez”. Podcast. Homeland Production.
- Muñoz-Casallas, Diego. 2014. *Los detectives salvajes y el problema del sujeto*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Piglia, Ricardo. 2014. *Crítica y ficción*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

- Polo López, Marco. 2013. “La violencia y lo sagrado: la teoría mimética en la filosofía de René Girard”. Ponencia presentada en *Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu*, 17-19 de septiembre de 2013, Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/violencia-sagrado-teoria-mimetica.pdf>.
- Rivera Garza, Cristina. 2021. *El invencible verano de Liliana*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Segato, Rita. 2008. “¿Qué es un feminicidio?”. En *Fronteras, violencia y justicia: nuevos discursos*, coordinado por Marisa Belausteguigoitia y Lucía Melgar, 35-48. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- . 2016. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo libros.
- . 2020. *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Speranza, Graciela. 2012. *Atlas portátil de América Latina*. Barcelona: Anagrama.
- Tasso, Pablo. 2000. “El infierno del cine snuff queda en Ciudad Juárez”. *Página 12*. 25 de junio. <https://www.pagina12.com.ar/2000/suple/radar/00-06/00-06-25/nota4.htm>.
- Trujillo, Enrique. 2021. “El secreto del mundo. El feminicidio como eje temático en las novelas *La pista de hielo* (1993), *Estrella distante* (1996) y *2666* (2004), de Roberto Bolaño”. Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Vázquez Montalbán, Manuel. 1995. “Las palabras tienen dueños, Carvalho no soy yo”. (Entrevista realizada por Leonardo Padura Fuentes en el único número editado y publicado). *Crimen y castigo: Revista del neopolicial iberoamericano* 1 (1): 2-11.
- Vaneigem, Raoul. 2006. *Nada es sagrado, todo se puede decir*. Madrid: Melusina editorial.
- Zurita, Raúl. 2008. “2666 de Roberto Bolaño: un asunto irresuelto”. *Periódico Literario Carajo* (9). <http://www.letras.mysite.com/rb100208.html>.